

BIBLIOGRAFIA

LIBROS

HISTORIA DE ESPAÑA, dirigida por Ramón Menéndez Pidal, Madrid.

Otra obra de gran aliento acaba de emprender Espasa-Calpe: la publicación de una historia de España que por sus proporciones no tiene similar.

Si el siglo XIX pudo llamarse el siglo de los historiadores, éste que corremos lleva miras de ser el de las historias. Pero un nuevo concepto en la forma de realizar empresas de tan alto vuelo ha reemplazado viejos métodos, que consistían por lo general en confiar esas obras al esfuerzo individual, substituyéndolo por el más lógico de encomendar estudios parciales a especialistas en determinadas materias, bajo la dirección de una alta autoridad.

Esta cooperación permite llevar a la práctica obras que de otra manera pecarían por deficiente información o erróneas apreciaciones. Cuando se dice de un autor que es «una autoridad en la materia», nadie es más indicado para ocuparse de ella, y pretender que un historiador reúna estas facultades en todas las ramas del saber es punto menos que absurdo. Nadie se hace examinar los ojos por un dentista. Entre nosotros también se ha encarado el punto con el criterio moderno y a ese fin la Junta de Historia y Numismática Americana, a cuyo cargo está la publicación de una historia de la Nación Argentina, confió su redacción a un grupo de especialistas en las diversas materias que abarcará.

Esta «Historia de España» ha comenzado a publicarse — por razones puramente editoriales — por el segundo tomo de la obra, que comprenderá en total 16 volúmenes, de los cuales los seis primeros tratarán los siguientes períodos: España prerromana; España romana; España visigoda; Oviedo y Córdoba; León y el Califato de Córdoba; el Imperio Leonés y los Reinos nuevos. La dirección de la obra está a cargo de D. Ramón

Menéndez Pidal. Y no hay más que agregar a su nombre.

El tomo que acaba de aparecer está concretado a la España romana y comprende un lapso que va desde 218 a. de J. C. hasta 409 de J. C. Seis siglos de historia en poco menos de 800 páginas. No puede darse labor de síntesis más ajustada, si se tienen en cuenta los factores que intervienen en este período, hasta la total romanización de la Península.

Una introducción de Menéndez Pidal glosa los acontecimientos de tan complejo momento histórico que comienzan a describir los profesores Pedro Bosch Gimpera y Pedro Aguado Bleye en la primera parte del volumen que va referida a la conquista de España por Roma, destacando las luchas que a lo largo de dos siglos — 218 a 19 a. de J. C. — tuvieron por escenario la Península. Estas luchas, sostenidas contra el invasor por una población heterogénea, formada por tribus independientes que sólo atinaban a concentrarse temporalmente para la defensa común, tienen sus acontecimientos culminantes en las etapas en que los autores dividen aquel período: el choque de romanos y cartagineses (218 a 206); comienzos de la resistencia de España al yugo romano (206 a 154); las guerras de lusitanos y celtíberos contra Roma, primer período (154 a 143); Viriato; segundo período (143 a 133); la guerra numantina; desde la caída de Numancia hasta la muerte de Sertorio (133 a 73) y, por último, desde este episodio hasta el fin de las guerras cántabras (73 a 19), que ya entra en la época imperial.

En la segunda parte se estudian las instituciones económicas, sociales y político-administrativas de la Península, como provincia romana, desde 218 a. de J. C. hasta 409 de J. C. Otro catedrático, D. Manuel Torres, reseña este aspecto civil de la historia de España comenzando por glosar en un capítulo preliminar la transformación ope-

rada por España durante la dominación romana, temas sobre los que luego insiste en sendos capítulos destinados a describir con mayor detenimiento la vida y las instituciones económicas; las clases sociales; organización político-administrativa y judicial; organización financiera y militar; formación y fuentes del derecho en general; derecho privado, penal y procesal; religión anterior al cristianismo; la Iglesia en la España romana y por último la vida privada.

La tercera parte está dedicada a las letras y las artes. Uno de los dos capítulos en que se estudia la literatura hispano-latina ha sido redactado por José M. Pabón y comprende los escritores paganos. En el otro capítulo, don Pascual Galindo se ocupa de los escritores cristianos. El arte en España durante la época romana tiene su historiador en una de las más destacadas personalidades con que contó la Península: don José Ramón Mélida, arqueólogo fallecido hace poco más de dos años, justamente admirado en el mundo por sus conocimientos artísticos y a quien se le está rindiendo un homenaje intelectual, concretado en la publicación de tres gruesos volúmenes del «Anuario del Cuerpo facultativo de archiveros, bibliotecarios y arqueólogos», de Madrid, con la colaboración de numerosos especialistas. El estudio de Mélida — acaso el último que llevé a cabo — abarca la arquitectura, escultura, pintura decorativa y mosaicos. En un capítulo se ocupa en general del arte romano-cristiano. De las artes industriales hispano-romanas dan cuenta Pedro M. de Artiñano y José Ferrandis. Un índice alfabético completa el volumen.

Como obra de síntesis, esta «Historia de España» está admirablemente realizada. Lo prueban la bibliografía y las notas que ilustran cada uno de los 23 capítulos de que constan las tres partes que forman el volumen. Se refieren todas a los últimos resultados de investigaciones practicadas por eruditos que se han consagrado al estudio de algún aspecto de la historia. Basta considerar la época de que se trata para advertir la dificultad en la armonización de las informaciones parciales, fuentes no siempre accesibles de primera intención. Y en cuanto a la importancia del período tratado, basta fijar dos fechas extremas: 218 antes de Cristo y 409 después de su advenimiento. Acaso el aspecto guerrero de esta historia tenga para nosotros un interés limitado. Pero las dos partes restantes nos llevan al conocimiento del origen de muchas cosas que aun hoy subsisten y de otras que llegaron a nosotros al través de la dominación española.

Una adecuada distribución del texto, profusamente adornado con grabados y láminas en color, permite seguir sin fatiga y con creciente curiosidad la lectura, que puede ser interrumpida en cualquiera de los breves capítulos sin perder de vista la unidad del conjunto.

Es una historia digna de España y que honra a quienes la llevan a término.

A. F. W. SCHIMPER: «Pflanzen-geographie auf physilogischer Grundlage». Jena.

Cuando hace más de treinta y siete años, Schimper publicó su «Geografía botánica con base fisiológica», este libro se consideró como algo completamente nuevo. La fama del autor pasó pronto los círculos de los botánicos especialistas y los conceptos y teorías de Geografía botánica contenidos en la obra ejercieron una influencia profunda sobre la investigación de los decenios siguientes. Desde entonces se añadió cada vez más la tendencia de investigaciones experimental-fisiológicas hasta el momento reinantes a la comparativa-morfológica. Muchas de las teorías de Schimper han sido confirmadas, otras han tenido que ser variadas y corregidas. Los progresos alcanzados desde 1898 son tan considerables que ahora no podía imprimirse sin alteraciones la obra original, que apareció con su forma primitiva en la edición segunda. Al contrario, fué necesaria una transformación radical que renunciando a toda consideración de carácter sentimental suprimiera todo lo anticuado. La tercera edición, que tenemos a la vista, puede considerarse casi como una obra nueva, ya que no adopta más que el plan fundamental y la distribución de la materia, tan acertadas en la obra de Schimper. Pero este marco encierra un texto completamente nuevo en su mayoría, que se basa en las investigaciones de época posterior a la muerte del autor. El restaurador de la obra, Faber, ha prestado un servicio inestimable al recoger un material tan disperso y tan amplio, por lo que cabe esperar que su trabajo tendrá la misma resonancia que el famoso de Schimper. Se han incluido insustituibles fragmentos de la obra antigua, sobre todo en los capítulos descriptivos, mientras que en la primera parte de la obra, donde se trata de los factores ecológicos, no pudieron conservarse más que unos pocos textos de Schimper. La nueva edición se ha aumentado por un tomo, por tratarse con mayor extensión grandes complejos de problemas que Schimper no tomó en consideración. Se han introducido gran número de bellas fotografías hechas con especial cuidado, suprimiéndose las anticuadas. — H. B. Hagen.

DIETRICH, HAGEN, TERMER, SORGE: «Nord- und Mitteleuropa, die Arktis in Natur, Kultur und Wirtschaft». Potsdam.

El tomo citado, provisto de magníficas reproducciones y múltiples mapas, está destinado a un extenso círculo de lectores que posea conocimientos generales sobre la materia, y encierra una descripción moderna de la Naturaleza de una parte extremadamente importante del orbe. Dietrich conoce por propia experiencia extensos territorios de América del Norte. En su contribución nos ofrece un cuadro grandioso del espacio canadiense y estadounidense, así como de sus diferentes paisajes

particulares, uniendo la Naturaleza con la Civilización, la Economía, la población y su expansión. Se incluyen en este tratado las posesiones francesas y las islas Bermudas.

El autor del capítulo dedicado a la vieja tierra de civilización mexicana, H. B. Hagen, dedica su atención sobre todo al estado actual del país. Sigue a la ojeada general sobre el país y el pueblo, un estudio especial de los diferentes cuadros geográficos mexicanos. F. R. Termer, autor del estudio dedicado a América Central e Indias orientales, geógrafo ya conocido en Chile, ofrece una exposición muy completa y excelente de este espacio del orbe que conoce por viajes y estudios personales de muchos años. Los territorios polares del Norte, finalmente, han sido tratados por E. Sorge, quien conoce la mayoría de ellos por haber tomado parte en algunas expediciones a Groenlandia, siendo, por lo tanto, persona capacitada para dar un sugestivo cuadro del mundo septentrional.

Con una rica bibliografía termina cada una de las secciones tratadas para que sirva de punto de partida a futuras investigaciones. Nos parece interesante señalar el hecho de que las tablas estadísticas sobre extensión, población y comercio han sido separadas del texto y reunidas en un apéndice especial. El tomo que hemos reseñado juntamente con el dedicado a Sud-América y aparecido hace dos años, constituye un tratado geográfico moderno y sobremano valioso sobre el Nuevo Mundo. — O. QueHe (Berlín).

LUIGI EINAUDI: El libro del profesor «El sistema tributario Italiano». Turín.

El libro del profesor Einaudi que alcanza su tercera edición en 1935 constituye desde 1932, en que vio la luz por vez primera, un complemento indispensable de sus célebres «Principii di Scienza della Finanza», en que son abordados solamente los problemas de la teoría pura de la Hacienda.

Desearo el maestro italiano de ofrecer de un lado la teoría y de otro la práctica financiera, dedica este libro, como indica su título, al estudio del sistema impositivo de su patria. Pudiera parecer con ello que pretende eliminar toda relación entre la construcción técnica y la realidad tributaria, perjudicial divorcio en el que tradicionalmente han incurrido muchos escritores; pero felizmente, desde su comienzo, confronta la clasificación teórica del ingreso público que aparece en sus «Principios...» con la contenida en la cuenta del Tesoro italiano, y va marcando las respectivas correspondencias y desviaciones en forma tal, que el lector obtiene una impresión perfecta y completa del acoplamiento, y el organismo tributario italiano aparece como algo vivo, articulado al mismo tiempo en las razones teóricas y en el desenvolvimiento histórico del Derecho positivo financiero.

Es estudiado en primer lugar el sistema tributario general o del Estado para luego examinar el local. Los distintos tipos de

ingresos públicos son vistos con detenimiento en estas dos primeras partes del libro. Desde los ingresos de economía privada o patrimoniales hasta las diversas formas de la exacción, tasas, contribuciones especiales, impuestos directos, indirectos, etc., son analizados sumariamente, dando cuenta de los objetos, bases, tipos y sujetos tributarios, acompañando en el momento oportuno el dato estadístico y sin olvidar el examen de los principios de declaración, cobranza y garantías fiscales de los distintos impuestos. Termina el estudio de la imposición general y local con un apéndice interesante referido a los ingresos del Consejo provincial de la Economía corporativa, el principal organismo local que desde 1926, en que substituyó a las Cámaras de Comercio, goza de facultades impositivas.

No obstante, la tercera parte del libro, que ha sido elaborada por vez primera para la tercera edición que comentamos, supera quizá en interés a las otras dos, por referirse a un tipo de ingresos privativos de la organización política del Estado fascista. Son tratadas en ellas las contribuciones sindicales; es decir, todos aquellos ingresos que las Asociaciones o Sindicatos de primer orden en la ordenación corporativa tienen derecho a percibir de los patronos, obreros, artistas, profesionales, etc., que actúen agrupados o independientes del Sindicato, pero dentro de un ámbito territorial.

Es extraordinariamente instructiva la exposición de las distintas formas de la exacción sindical, los fines a que el ingreso se dedica e incluso la discusión en torno a la verdadera naturaleza del mismo, que el autor califica de impuesto.

La obra de Einaudi, que finaliza con un extenso índice analítico, no es, por tanto, una seca recopilación de leyes tributarias extraídas de la «Gazetta Ufficiale», sino una bella síntesis de los tributos italianos elaborados sobre el derecho vigente; deliberadamente, no es total ni agota los detalles, como en el moderno manual de Alberto de Stefani ocurre; pero constituye un libro elemental claro y útil, del que por desgracia carece el estudioso español y americano en materia tributaria. — J. M. Naharro.

MAITE ALLAMAND: Aparte de sus cualidades de sensibilidad e imaginación, la autora de «Parvas Viejas» nació con el don

de saber contar, tiene el instinto de lo novelesco; ante la realidad siente la necesidad de transformarla en relato, su poder de captación y su fuerza imaginativa hacen lo demás. Todo se le puede discutir, menos que sea escritora; y lo es ciento por ciento.

Maité Allamand vivió su infancia y su adolescencia en contacto con la tierra nuestra. Es decir, lleva el campo por dentro y para trasladarlo vivo y palpante a las páginas de su libro no ha tenido que ir a verlo con ánimo literario. Le ha bastado con volver la cabeza hacia su primera juventud y

recordar. Sin aparecer en ninguna de sus páginas su Yo íntimo, «Parvas Viejas» es un colorido auto-retrato psicológico de su autora, hecho en forma indirecta. Maité Allamand está saturada de «cosas de campo», tiene el espíritu atravesado por largas alamedas sombrosas, por esteros rumorosos, por caminos rurales jalonados de ranchos que se echan al ojo, como sus pintorescos personajes, la chupilla de tatora de sus techos amarillentos. Sus cuentos son vastas e incisivas aguas-fuertes de costumbres, por donde tranquean los hombres fatalistas y las mujeres resignadas, con sus ponchos de angustias y sus percalas sensuales. Desde los postes del cercado los miran pasar los tiuques indiferentes y los acompañan un trecho saltando de un palo a otro como jugando un ingravido «luche» criollo.

¿Tiene una técnica? ¿Conoce a fondo los recursos que emplea? ¿Domina el lenguaje típico, nuestra autora? Estas y otras interrogaciones, nacidas a raíz de su primer libro «Cosas de Campo», volverán a levantarse después de la lectura de «Parvas Viejas». Como todo escritor auténtico, Maité Allamand trae a nuestra literatura una voz novelesca propia que tendrá afinidad con la de otros cultivadores del criollismo; pero que es bien suya, por la espontaneidad del tono, la agudeza de la observación y cierto desenfado de la frase que le da un sabor regional, característico.

Desde que Marta Brunet se revelara con su admirable «Montaña Adentro», no había vuelto a aparecer en nuestras letras femeninas una personalidad de los rasgos acusados y fuertes de Maité Allamand. Estas «Parvas Viejas» tienen un tono, un color y un aroma de chilénidad propios. De sus páginas se desprende un amor que es como una bella alucinación por el campo chileno y sus ejidos. La autora lo describe con frases encendidas, lo canta con voz empapada en ternura por sus cosas humildes y silvestres; la vida de sus personajes está narrada con un vigor patético, exento de sentimentalismos. Una constante palpación humana anima estos cuentos. Nada en ellos aparece inventado, convencional. Todo tiene el fluir, la espontaneidad del agua de sus esteros, el «tranco» firme de sus gañanes aventureros y andariegos. Pero no hay que farse demasiado del poder asimilativo y del don de observación de Maité Allamand, porque bajo la apariencia objetiva de sus relatos, como una corriente subterránea corre la fantasía, pletórica de sugerencias e imaginaciones poéticas de la autora.

Y en esas escapadas a la realidad de sus cuentos, está vibrante el temperamento de Maité Allamand, cuando, por ejemplo, hace soñar a la yunta cansina que arrastra la carreta en «La Ojeada». ¿Y por qué no han de soñar los bueyes? — se pregunta la autora —. «Sueñan, a veces, y ese día soñaron que no bajaban la cuesta grande, que seguían el camino de las nubes y la carreta se volvía liviana, tan liviana que casi los empujaba. Y la picana de punta acerada, la vieja picana,

nudosa y pulida por el uso, enflaquecía, reverdecía, se volvía tierna, tiernecita... era de nuevo una quila joven y flexible que el viento plegaba, a media falda, en una quebrada profunda... En el cerebro de los dos bueyes nació el mismo deseo de venganza. Abrieron el hocico ansioso de verdura y mordieron, en sueños, la cruel picana, convertida en sabrosa quila.»

Bizarrias como éstas abundan en «Parvas Viejas» y prueban que si la autora no hubiera vivido esa infancia campesina que le permitió captar unánimemente la existencia criolla, pues habría inventado un campo tan real y evocador como el que sirve de escenario a sus cuentos.

Lo que la tierra le entregara en bruto, en el rumor entristecido de sus aguaceros invernales, en el oro vegetal de sus trigales maduros, en la voz salmodiante de sus adorables viejecillas narradoras de «casos» y consejas, en la actitud sufridora de las pobres mujeres inquilinas, en la jerga y los ademanes bravíos de sus rotos trashumantes, Maité Allamand se lo ha devuelto transformado en emoción y belleza en estas «Parvas Viejas» que constituyen una confirmación de lo que prometían aquellas «Cosas de Campo», su primer libro. — Lautaro García.

W. J. ENTWIS- Dentro de la Colección «The Spanish Language Together With Portuguese, Catalan and Basque». Londres.

Spanish Language together with Portuguese, Catalan and Basque (Faber and Faber, London).

El historiador Ferrán Soldevila, al referirse a ese estudio, asegura que la parte dedicada al idioma catalán es tratada con el mayor conocimiento. Acaso — añade — tiempo atrás, en una obra de esa naturaleza, el autor se habría limitado a alguna breve alusión a la lengua catalana. Acaso hoy mismo habría profesores extranjeros y aun peninsulares que seguirían parecido criterio de exclusión. Afortunadamente este cuarto volumen (los tres primeros se ocupan, respectivamente, del griego, del francés y del alemán) ha sido encargado al profesor Entwistle, ampliamente informado.

El volumen se inicia con esta declaración: «El objetivo de este libro es dar noticia del grupo peninsular de grandes idiomas. El epíteto grande puede tener un sentido no puramente lingüístico. Para el filólogo todos los idiomas son de igual interés; todos contribuyen a nuestro conocimiento del gran hecho humano del lenguaje.» Ya dentro del estudio concreto resalta la exactitud con que es precisada la extensión del catalán. De él se dice: «La señal característica de un idioma es su equilibrio con referencia a un centro cultural; y si este criterio se aplica en este caso, el catalán es evidentemente un idioma; su capital es Barcelona. En el terreno social e histórico no cabe la menor duda de que el catalán es una lengua independiente, una

su deseo de apartarse de escritores bien conocidos que deben su celebridad a biografías novelescas; por el contrario, quiere Madol basar las suyas en una rigurosa documentación y sin perjuicio de ella y de la exactitud científica ha resultado «Godoy» una obra de atractivo casi novelesco por la gran cantidad de datos y de anécdotas que matizan el carácter del hombre y el ambiente en que se movió. Faltaba entre nosotros una obra moderna, lo suficientemente divulgada, que nos diera a conocer a Godoy de una manera minuciosa y libre de los tópicos que acompañan a figura tan extraordinaria en la suerte y en la desgracia, y viene a subsanar tal falta este libro destinado a Alemania, cuyo interés quiso realizar el autor añadiendo al biografiado el epíteto — tan sugestivo en nuestros días — de «primer dictador de nuestra época», título exacto en ocasiones, algo exagerado en otras, pues su tiempo fué pródigo en dictadores triunfantes o frustrados. ¿Acaso no fué Bonaparte el tipo sublimado y más genial de dictador, del cual los otros no son sino aprendices? Sin embargo, dentro de la modesta esfera — relativamente — en que se desenvolvió Godoy, aun destacó en el horizonte internacional de su tiempo. Dentro del marco que forman los sucesos más conocidos de su actuación, quedan aquí puntualizados muchos sucesos y detalles, bastantes de ellos ignorados e inéditos, pues proceden de fondos documentales no utilizados, como los del Archivo Secreto Prusiano y otros de fuentes curiosas — pudiéndose citar informaciones orales del ex-Zar de Bulgaria, Fernando; son ampliamente utilizados documentos franceses y con precaución las Memorias del valido. Queda bien expuesta la situación de España al sobrevenir la Revolución francesa y sus consecuencias, justificando a Godoy de los cargos hechos por la negociación de la paz de Basilea. Insiste el autor sobre el aspecto, tan olvidado y desatendido de Godoy como hombre de la Ilustración y de su labor en pro de la cultura, en lo que se mostró digno continuador de la época de Carlos III. Realmente, es la figura política más capaz y saliente de la España de su tiempo, en rudo contraste con la ineptitud de la regia familia. Tales valores pone de relieve con maestría el autor, sin omitir los defectos y los errores que hicieron tan desgraciado su juego con su colosal contemporáneo. — R. Esquerria.

GEORG HALM: Halm nos presenta «Geld. Kredit. un útil compendio Banken». Munich práctico y teórico de temas tan interesantes de la Economía como son el dinero, el crédito y los Bancos. El autor trata de estas instituciones económicas desde el punto de vista de la Economía política, relegando a segundo término el aspecto técnico de las mismas. Partiendo de las teorías del dinero (su esencia y valor, cantidad y velocidad de circulación y sus correlaciones con el nivel general de los precios) habla de un modo sucinto de la orde-

nación monetaria, siendo de señalar especialmente el capítulo dedicado al sistema monetario y a la política dineraria de diferentes países. Esboza la teoría del crédito, tomando por base el capital y su organización. Un interés particular merecen sus consideraciones acerca de la organización de la Banca alemana y la reorganización del crédito alemán llevada a cabo por el nuevo Gobierno. A pesar de la exposición resumida y a veces abstracta, el compendio ha de encontrar muchos lectores, circunstancia debida en primer lugar a la concisión y capacidad del autor que sabe ilustrar con maestría problemas tan difíciles atendiendo siempre a la esencia de los mismos. — H. D.

DR. THOMAS W. EVANS: En esta Colección Histórica Plon se han publicado, entre otras obras, una de Emmanuel de Braylie sobre Tounville, que reseñamos recientemente aquí, luego de reseñar otras tres: la de Gaston Maugras, sobre el duque de Lauzon, los últimos años del viejo régimen; la de Albert Doufourcq «Con Bonaparte en Italia y en Egipto», y la de lady Blennerhassett, sobre María Estuardo.

El doctor Thomas W. Evans, autor de este volumen (segunda edición), fué un cirujano dentista que vino de Norte América a Europa para establecerse en París en 1847. Llamado para asistir al príncipe presidente Luis Napoleón, cayó en gracia entre los palatinos. Al restablecerse el Imperio fué no tan sólo dentista de la Corte de las Tuillerías, sino amigo de la Familia Imperial, y singularmente de la Emperatriz Eugenia y de Napoleón III, que le sentaban mucho a su mesa. En 1870, pudo el doctor Evans seguir de cerca los acontecimientos que provocaron la caída del régimen. Son esos acontecimientos los que el doctor narra en sus Memorias. Quien las lea compartirá, sin duda, el agrado con que las hemos leído y las releeremos nosotros.

RICARDO R. CAILLET-BOIS: Arroja mucha luz sobre el tema que trata este opúsculo del señor Caillet - Bois, «separata» publicada por la revista «Humanidades». Comienza el opúsculo con el nombramiento del ex-diretor supremo para desempeñar en Chile la misión de «negociar la cooperación de ese gobierno en caso de una guerra entre las Provincias Unidas y el Brasil», fin para el que se le conferían poderes amplios, en virtud de lo inminente del conflicto y del explícito deseo de estrechar vínculos de sentimientos e intención con el país vecino. Subraya el autor la forma en que estos propósitos estaban identificados con lo que había de ser siempre el espíritu de la política continental argentina. Recibido Alvarez Thomas en Santiago con cariñosa simpatía, iniciadas ya sus gestiones especiales, advierte

hermana para el español, el provenzal y el italiano.»

A lo largo de su ensayo el profesor Entwistle desarrolla, en unas treinta páginas, clara y sucinta exposición del catalán, distribuida en una breve introducción, un apartado sobre ese idioma en relación con los idiomas vecinos, otro sobre los orígenes y su expansión, un tercer apartado sobre la lengua literaria medieval, y, finalmente, un corto esquema de la decadencia y el resurgimiento, con indicaciones sobre la variante valenciana.

Las reservas que se podrían oponer a ciertas afirmaciones del profesor Entwistle, no son de este lugar. Aquí sólo importaba reclamar la atención de los interesados. Y esto queda cumplido. («Nosotros». Buenos Aires).

LUIS DURAND: He aquí un libro «El Primer Hijo», Santiago. que tiene mucho de la vida misma, cuando esta es dolorosa y desalentada como los cuadros presentados por el relato. Los personajes suyos, oscurecidos por la estrechez de su propio ambiente, y faltos de aquel talento y la energía, pasta de los triunfadores, se encuentran como disminuidos por las dificultades y luchas del diario vivir, la que está agudizada hasta la nota trágica por el imperativo de la miseria, más agobiadora por cuanto surge sin esperanzas de sol, al igual que una tarde obstinada de invierno.

Y luego, máxima complicación, pero también, horizonte inesperado, pródigo en visiones consoladoras, la llegada del hijo, de este «primer hijo», manantial de inquietudes nuevas y nuevos dolores.

Este es el escenario que nos ofrece el libro desde sus primeras páginas. El autor, con profundo conocimiento de la vida, y de los recursos literarios que han de dejar la fiel impresión de ese conocimiento, nos penetra del sufrimiento ajeno, y el lector, a poco de andar, hace suyo el dolor del protagonista. En unas cuantas líneas Luis Durand ha aprisionado la esencia misma de esa amargura sin rebeldías, que cuadra con el temperamento de los débiles: «El fruto de su amor y de sus sueños de hombre, llegaría a la vida en un sitio extraño. Manos mercenarias sin afecto ni interés le recibirían.» (Pág. 9). ¿Puede haber mayor desgarramiento?

A medida que se entra en la novela, el ritmo opaco ya acelerándose, y llega a tocar las fronteras naturalistas en las páginas últimas: recordemos la peregrinación en busca del cadáver del hijo, la visita al depósito del hospital, y aquel viaje de pesadilla a través de la ciudad, llevando el cuerpo inanimado del niño bajo la envoltura de las hojas de un diario, único recurso que le permitía la miseria.

Todo esto se encuentra pintado sin exageraciones que golpeen el buen gusto, ni timideces inhibitorias de la expresión o del pensamiento. Aun, Durand ha logrado una novela, en el sentido y la medida que la novela ha de ser parte o reflejo de la existencia, ha buscado los elementos para su

obra, en la existencia misma, y la imaginación se encuentra aquí subordinada a la realidad.

Quien haya leído las anteriores obras del escritor, observa en «El Primer Hijo», el afianzamiento definitivo de una nueva tendencia a la que Durand llega con sereno dominio. Aparte de los puntos de vista objetivos y exactos que hemos procurado comentar, le interesa la realidad interna de sus personajes, en una búsqueda precisa y afortunada, del proceso mental y el plano subjetivo. Veamos, al efecto, una cita de la página 21: «Una obsesión pueril le embrollaba los pensamientos. Si el agenciero le hubiera dado los quince pesos, ¿cuántos le quedarían en el bolsillo?»

Frente a la noticia desgarradora que el padre encuentra en la portería del hospital, nuevamente vemos retratarse el proceso psicológico: «Sus pensamientos era un tumulto de ideas entrecortadas, sin hilación ni sentido.» (Pág. 81).

Con profunda certeza de las reacciones humanas; de las respuestas de la sensibilidad ante un dolor aplastante, bosqueja nuevamente aquello que está más allá del actuar: «Como en los momentos en que se sufre una fiebre intensa, cruzaron por su imaginación una serie de visiones estrafalarias: hombres contorsionados y contrahechos que le miraban con cara de burla. Mujeres de rostros alargados con grandes ojeras, que le miraban desde el fondo de sus pupilas enigmáticas, sombrías, afebradas.»

Consecuente con su arquitectura espiritual, el protagonista no surge en rebeldías ante lo inevitable, sino que lo acepta mansamente, hasta con una impresión de alivio por el término de la crisis. «Casi sentía dulzura de sufrir. Desde lo más recóndito de su tristeza, surgía como una esencia, una esperanza informe, confusa, desvaída, como el perfume de un cajón de recuerdos».

Conservando la misma línea, expresa el párrafo final: «La honda canción de los pinos le suavizó el espíritu, le puso adentro un consuelo que era más bien resignación».

Un libro nutrido de inquietudes humanas, de veracidad en la observación y fuerza creadora, de búsqueda sagaz en lo recóndito de los pensamientos y de la emoción, constituye «El Primer Hijo», ventana abierta para su autor, hacia nuevos caminos del arte, hacia una concepción más honda que le pertenece de derecho propio. — Estela Miranda S.

HANS ROGER MADOL: «Godoy. Das Ende des alten Spanien. Der erste Diktator unserer Zeit». Berlín. Madol, ya conocido por otras obras históricas, biografías de preferencia, ha dirigido su atención sobre la figura de Godoy, poco conocida en Alemania — ni tampoco

mucho en España, aunque parezca lo contrario. Su obra, aparecida hace ya algún tiempo, merecía una inmediata noticia cuando una traducción española, muy próxima a la publicación del original, indicó la importancia de la labor de Madol. Manifiesta el autor

en el Gobierno de Chile cierta indecisión cuando éste se resiste a realizar una venta de buques que le propone, junto con otras dos propuestas, todas las que merecen pronto la desaprobación del Presidente Rivadavia, quien así se apresura a hacérselo saber al enviado extraordinario. Esas propuestas, sostiene, entonces Rivadavia, no debieron ser tales, sino reducirse al carácter de hábiles insinuaciones, pues lo importante no era obtener partido, sino «cultivar la armonía y buena inteligencia». Con todo, se realizó al fin la compra de barcos y se le encomienda luego la negociación de un tratado de amistad, alianza, comercio y navegación. Difícil negociación al comienzo, pues el supremo director chileno, resistía la alianza; la inteligencia, y la sagacidad prudente de Alvarez Thomas hacen que llegue después de no pocas incidencias, que narra con precisión el señor Caillet-Bois, a su etapa final, que se substancia el 20 de Noviembre de 1826, al ser suscrito al Tratado. La amistad, la alianza, la solidaridad de actitud frente a la obstinación española (es decir, la voluntad de no celebrar convenios de paz, neutralidad o comercio mientras España no reconociera la independencia de todos los estados americanos) la atención a la situación de los habitantes de uno y otro país y las cláusulas comerciales, en fin, aparecían debidamente sostenidas en el Tratado, después de la firma del cual regresó Alvarez Thomas de Santiago en dirección a Cuyo, no sin haber recogido antes expresiones de viva estima por parte del Gobierno de Chile y de aprobación elogiosa por parte del argentino.

En las pocas páginas de su interesante opúsculo — de documentación abundante y exposición clara —, el señor Caillet-Bois deja lucidamente expuesto no sólo el espíritu y proceso de un convenio históricamente importante, sino también los rasgos particulares de una figura nacional que merece circunstanciado recuerdo.

ISMAEL BUCICH ESCOBAR «Tragedias de Nuestra Historia». Buenos Aires.

Al emprender, con fines de divulgación, la tarea de reconstruir los más memorables episodios entre los que salpican con sangre — son sus palabras — las páginas de nuestra historia, el señor Ismael Bucich Escobar ha colocado el punto de mira de su investigación en un plano equidistante. Difícil ha sido escoger ese punto de observación imparcial. La agitada y muy frecuentemente truculenta vida política de nuestro país, con sus reducidos núcleos de población, no ha permitido a sus individualidades más calificadas mantenerse aisladas del hervor de las pasiones y del choque de los principios. En los albores de Mayo se pertenecía al campo de los criollos o de los peninsulares. En los días de la Primera Junta se era saavedrista o morenista. En los de la asamblea del año 13 el sujeto comulgaba con la ciudad o con el interior y por espacio de más de cuarenta años hubo que escoger entre el unitarismo o el federalismo. Aun hoy no es

posible abstraerse a esa dicotomía, y si bien es cierto que el historiador encuentra mayor libertad intelectual para discriminar en la confusión de los elementos y en los resultados de las experiencias aplicadas al cuerpo vivo de la Nación, no siempre esos elementos están inmunizados del contagio partidario, y la independencia de juicio debe ceder en muchos casos a la escasez de los testimonios banderizos, ardorosos e inflexibles.

Cada una de estas vidas, que el señor Bucich Escobar restituye a la historia con otra esencia más comprensible y humana; valiéndose de alquitaradas informaciones, ha significado para uno y otro de los bandos en que se dividía la opinión del bulente país, en el que fermentaba la idea de la nacionalidad en agraz, una representación y un substrato de los intereses en lucha — a primera vista — de ideas y sentimientos — mirando más aguzadamente —, en torno a los cuales se iban polarizando, insensiblemente, la autenticidad personal y la caracterología de la entidad constitucional. Liniers y Ramírez, Güemes y Urquiza, Barcala y Cullen, los Maza y Paulino Rojas, Bernabé Aráoz y José Mariano Iturbe y hasta los Carrera, símbolo de libertad en Chile, su patria, y furias de barbarie y regresión en la nuestra, encauzaron en un momento dado, en su medio, aspiraciones que en la perspectiva de cada uno y en la de sus partidarios señalaban caminos de efectiva impulsión.

Adviértase cómo el equilibrio histórico — que es dación sin regateos y reconocimiento sin recompensa — supone una difícil labor de escudriñamiento que no deja nada a la atribución gratuita y a la sospecha reticente.

El señor Bucich Escobar ha diseñado, como se lo propuso, estas vidas enérgicas y diáfanas las unas, sombrías y fatídicas las otras, con una admirable seguridad en el rasgo moral y con una extraordinaria precisión del medio físico, descubriendo en la decisión con que han obrado algunos de los personajes, en el instante crítico de la definición, causales que permanecen hasta ahora ocultas o que habfan sido erróneamente interpretadas. En ese sentido, la figura de Liniers cobra un nuevo interés y una nueva dignidad; Güemes ya no es el tabú de la tradición; los Maza y Cullen ofrecen diversas aristas donde se quiebran algunos prejuicios, y hasta Ramírez y Barcala lucen resplandecientes facetas que permanecían disimuladas.

La primera serie de «Tragedias de nuestra historia» contiene las vidas de Liniers, Ramírez, los Carrera, Güemes y Bernabé Aráoz. La segunda está integrada por Paulino Rojas, Barcala, Cullen, los Maza, Iturbe y Urquiza.

MANUEL AZAÑA: Todo español ha escrito sobre el «Quijote», si ha tenido que elegir tema no impuesto por la actualidad o la especialización de su trabajo, y en cuanto a especia-

lización, por docenas se cuentan los que no han hecho sino escribir sobre el «Quijote», a tal punto, que pasma el pensar cuánta literatura tendríamos de menos, si en la española faltara ese libro que, según Montesquieu, hizo España para burlarse de todos los demás que había hecho.

Don Juan Valera, una vez que abordó, en cierto discurso académico, el tema cervantino, se creyó obligado a no entrar en él sin explicaciones y excusas. Don Manuel Azaña, en el ensayo inicial de su nuevo libro — «La invención del Quijote y otros ensayos» —, viene más llanamente a tratarlo y lo encara como asunto de plática desprovisto de actualidad y sin otra justificación que el posible interés del discurso; pues esto fué, pieza oratoria, el ensayo antes de llegar al texto escrito.

No cabe, sin embargo, el considerarlo como discurso, con sus efectos inmediatos sobre el público originario, distintos tal vez de los que han de darle valor ante los lectores. La oratoria de Azaña, aun la política, debe llevar las ideas a un punto de elaboración en que nada les añade el tono, el gesto, el ademán: su fuerza brota espontánea de la idea misma. Y no hay diferencia esencial entre su prosa hablada y sus escritos. En éstos se advierte una riqueza de vocabulario de formas expresivas, de alusiones, reveladoras de propia cultura y experiencia vital, que se manifiesta no en alardes barrocos, cuajados tal vez en una detonante palabra, obsoleta, sino en el natural fluir que presta claridad al vocablo difícil, cuando ocurre, y en una vigilancia irónica, como de espíritu crítico siempre alerta para evitar el empaque amado de otros escritores y oradores, que protegen sus pensamientos más originales y a veces sus vulgares ocurrencias con armaduras de orgullo.

Con esto no quiero decir que el estilo de Azaña tenga esa familiaridad desastrada, ni menos ese ademán de imploración con que algunos ingenios cortejan a sus lectores. Al contrario, no hace concesión ninguna. Pero tiene luz en sí. Luz cruda, de alta meseta. Luz de Castilla la Nueva, que le vendrá del nacimiento y de inclinación espiritual; luz que no acaricia los objetos, sino que los hace más patentes, así en su desolación como en su riqueza.

Esta luz, tan distinta de la llamarada oratoria que arrebatada ideas y hechos en un torbellino indistinto, es la de sus libros de materia política, y es también la de su obra literaria, anterior, en que si no su política, influida por las circunstancias y las colaboraciones necesarias y solicitadas o fortuitas e inevitables, se dibuja ya su «manera política».

Los trabajos que forman este su nuevo libro son de 1930, los más recientes; otros, de 1924, de 1922. Cronológicamente se ordenan así: «El secreto de Valle-Inclán», «Valera» (compendio de trabajos anteriores), «Cervantes y la invención del Quijote», «Tres generaciones del Ateneo». El lector de ahora puede dar nuevo alcance a determinados pasajes, cargándolos de sentido adventicio. Echará de ver rasgos de una

personalidad que los oyentes o lectores de antaño no acertaron a definir y que sólo a la luz de sucesos posteriores han venido a cobrar su significación máxima.

Las circunstancias en que el libro aparece no le restarán lectores, si se entiende por lector el solicitado por la materia y la calidad del libro, descartando al simple adulador, hoy en paro forzoso, y al adversario agresivo; aunque éste ya lo buscará, sólo para lucir en el comentario, a falta de otras cualidades, su ánimo ruin y su mente estrecha.

De los cuatro ensayos que llenan estas páginas, el de «La invención del Quijote» parece el más nutrido de substancia española; «Tres generaciones del Ateneo», el más rico en declaración autobiográfica y a la vez el que toca más de cerca a las preocupaciones del momento. En aquel ensayo, Azaña huye deliberadamente del campo de la erudición, a cuyo esquilmo se han consagrado trabajadores infatigables en demanda de aquella «luz» que invocaba Menéndez y Pelayo. La luz que Azaña aporta es de distinto foco y no tiende a esclarecer tal o cual pormenor: ilumina el centro mismo de la obra maestra; investiga su nacimiento y formación en la mente de Cervantes y la considera como una culminación de ese entendimiento, sensible a toda palpitación de vida en torno, al enfrentarse con una figura corpórea, plástica, concreta, vista acaso en uno de tantos ejemplares, de los que aun muchos perduran, o mejor, en la propia experiencia hecha carne dolorida y grotesca. Quedan a un lado los propósitos circunstanciales del autor que, una vez cumplidos, demuestran su adjetividad. ¿Qué nos importan hoy las novelas de caballerías? ¿Y no podemos hasta volver a deleitarnos con ellas, inocua ya su vieja ponzofa? Azaña se acerca al «Quijote» en actitud exenta de idolatría, de fetichismo; como un hombre a otro hombre. Su «Quijote» no es todo el «Quijote», dirá maese Reparos: No; ni es todo el «Quijote» de Azaña siquiera, porque aun apunta y deja por tratar un sesgo importante: «en qué medida, proporción y parte, un espafiol de nuestro tiempo puede reconocerse en Cervantes y ser expresado e interpretado por él». No dice, pues, Azaña «la última palabra», ni pretende decirla, a propósito del «Quijote». Muchas quedan aun por decir. Tantas, que cuando una generación agote las suyas, ha de estar ya la siguiente en potencia de comentario.

Si de la criatura del genio pasamos al ser complejo formado por hombres, con una personalidad tal que despierta, como el «nom fatale» de Monzoni, odios y amores, siendo a la par

Segno d'inmensa invidia
e di dieta profonda,
d'indestinguibil odio
e d'indometo amor,

es decir, al Ateneo, el segundo ensayo del libro de Azaña nos lleva a un medio en que él, y tantos otros de su generación, vieron

discurrir una parte de su vida, probablemente la más generosa y fecunda. Tras la generación fundadora, la de los románticos, y la vencedora y gubernamental, vino la generación crítica, que coincidió con las negaciones del 98. De una en otra se transmitió el espíritu liberal, que una cuarta generación hoy está llamada a sacar de nuevo triunfante, en tarea más ardua cada día. El espíritu liberal, uno en el fondo, y por eso odiado, mudable en sus formas, como nunca ceñido a una fórmula que lo cierre y termine. El ensayo de Azaña nos hace ver la historia del siglo XIX, y del nuestro, en una de sus lizas, como la descripción de una batalla puede darnos visión de una guerra, y ésta de una etapa del mundo.

En los otros dos ensayos, sobre Valera el uno, con pausado andar biográfico; sobre Valle - Inclán el otro, que junta en expresiva síntesis algunos rasgos característicos del gran escritor, nos da, de mano maestra, el retrato allá de un hombre - tipo, compendio de una época ya histórica, por él vivida con toda plenitud; el trasunto aquí de un espíritu disconforme con la suya, que «se mece en el limbo de las libertades ilimitadas», «semidiós movido por el afán de la justicia absoluta»: figuras una y otra de hombres libres en lo íntimo de su ser, y ambos con muy diverso ideal estético, perseguidores de la suma excelencia formal en el arte de la palabra.

El autor de estos ensayos, pertenecientes, como se dijo, a distintas épocas de su producción, no intenta darles unidad, y en efecto, no la tienen; pero sí cohesión como la que se observa en los escritos más varios de todo escritor verdadero. Con una observación crítica de ayer puede identificarse una decisión del político de hoy. No es frecuente la vocación literaria en los hombres políticos, o cuando existe, no pasa de un comienzo de gusto, que pronto se pospone a tareas más urgentes, u ostentación vanidosa de aptitudes ficticias. Ni suele ser, por otra parte, don de escritores el que otorga a un hombre mando de pueblos y visión de futuro. Cuando ambas cosas se dan, como en Azaña, con toda plenitud, no importan las vicisitudes. El ha tenido ocasión de experimentar lo que en hombre alguno de su generación pudo jamás reunirse. Y en lo que ha superado a todos es en la suma de resentimientos, rencores, insidias y saña con que le han rendido, no del todo a sabiendas, sus adversarios, un homenaje excepcional: el que sólo se rinde a la entereza y equivale, a cambio de qué desahogos, al reconocimiento más amplio y paladino. — E. Díez - Canedo.

MARI YAN: «Espejo sin imagen». Santiago. Muchas personas cultas manifiestan su escepticismo ante los libros cuyo tema es el campo. Y acaso tengan razón, sobre todo en nuestro país, donde abunda una literatura denominada criollista, en su mayor parte de escasa significación intelectual. Es porque muchos escritores no se quieren dar cuenta de que el campo o la naturaleza en

general, no tienen — literariamente hablando — un valor en sí, como mera objetividad externa. Su valor reside en su representación en la mente del hombre.

Estas representaciones o imágenes del mundo, al estructurarse dentro del espíritu, moldean, al mismo tiempo, la personalidad humana y le imprimen una fisonomía característica. Así el hombre, psicológicamente, pasa a ser una expresión del universo o como dice Max Scheler, su conciencia.

Entonces, de acuerdo con estas ideas, al escribir sobre el campo, lo que importa no es el campo en sí mismo, sino el campo representado, el campo humanizado, el campo persona. A esta luz, comprendemos mejor la técnica de todos los grandes escritores, quienes para darnos la sensación de la naturaleza, antes que describirla directamente, han preferido apelar a los seres humanos que viven en el mar, en la selva o en la montaña. En su carácter, vida y costumbres han encontrado — igual que en un caracol marino — las resonancias del mundo externo. Por eso es, también, por lo que en todas las grandes literaturas haya interesado siempre más el hombre que el paisaje. Podríamos, tal vez, afirmar que la literatura impersonalizada y meramente paisajista, es falsa.

Todas estas consideraciones las he tenido presentes al leer el último libro de Mari Yan, «Espejo sin imagen». En sus páginas, la escritora no intenta deshumanizarnos, mediante un esfuerzo de deshumanización, una objetividad fría y desinteresada, sino que más bien refracta esa realidad en la vida de sus personajes. El hombre es el prisma en que se descompone el mundo exterior. La contemplación y valorización de éste se obtiene a través del espíritu. En cada movimiento psicológico vamos descubriendo la acción y el rastro de la naturaleza circundante.

Esta influencia o compenetración de lo psíquico y de lo físico se manifiesta en «Espejo sin imagen» en una especie de simbiosis entre la tierra, las estaciones y las almas. Todo guarda ahí la misma actitud recogida, grave o alegre y el mismo fluir de savias interiores. ¿De dónde saca Mari Yan esa extraordinaria porosidad para absorber en su plenitud las sensaciones del campo? A ratos, se agudiza tanto su capacidad de percepción que es como si se reintegrara a la tierra convertida en raíces. El cosmos vibra en sus sentidos lo mismo que en una carne vegetal. Por esta virtud — que es un don — ha logrado escribir un libro de exquisita simplicidad, transparente, liviano y fresco.

Las obras artísticas, incluso las literarias, poseen una dimensión que clasificaremos como tiempo. El tiempo, en la vida, en el mundo y en las obras de arte, nace con los seres, con las cosas y con las imágenes. Basta que exista algo para que simultáneamente exista, también, su relación con el ambiente. Y cualquier variabilidad en esa relación, crea tiempo.

En las ciudades todo es fugaz y complejo. Las relaciones de las cosas y los seres cambian y se multiplican constantemente. El

tiempo se crea con impetuoso aceleramiento. A la inversa de lo que ocurre en el campo donde todo es más estable. Existe aquí una mayor suma y permanencia de fenómenos coexistentes. Las acciones y el escenario se simplifican. En consecuencia, el tiempo se genera con lentitud y en ocasiones parece extinguirse, dando la impresión de lo inmuable.

Mari Yan nos revela en «Espejo sin imagen» que se ha apoderado del verdadero diapason del campo. La acción es simple, lenta, profunda, casi extática. Pero es curioso observar que la sensación de este ritmo interno de la obra nos la despierta valiéndose de un lenguaje rápido, movido, sugerente. Hacemos, pues, notar este bello y elegante contraste entre lo que podríamos definir como el tiempo íntimo de la acción y el tiempo de la forma o estilo.

Se ha hecho el reparo a Mari Yan de que Clarisa, la protagonista, ha recibido un exceso de cualidades y que éstas se avendrían más con la personalidad de la autora que con la de una modesta profesora rural. ¿Dónde se encuentra la profesora standard? ¿Quién la conoce? ¿Quién conoce verdaderamente un espíritu humano por humilde que parezca en su persona o en su oficio? ¿Quién nos puede anticipar sus reacciones ante la naturaleza o ante sus semejantes? Y si vemos que esto no es posible, ¿cómo podemos extrañarnos ante un carácter o temperamento forjados por un autor? La sensibilidad, la intuición y aun la cultura aparecen, a veces, donde menos se piensa. Además, si aun la descripción de la naturaleza física lleva irremediamente elementos personales, subjetivos, ¿cómo no los tendrá, con mayor razón, la interpretación de un personaje humano? Por lo demás, todo personaje que describimos es, fatalmente, nuestro personaje. En esto consiste su mérito y, también, la capacidad de creación.

Para terminar este comentario, diré que Clarisa — junto con Irene y Ana María, protagonistas de los libros anteriores — completa el delicado tripode psicológico sobre el cual, Mari Yan, ha encendido la brasa metafísica del desamparo femenino. — Isaac Eche-garay M. («El Diario Ilustrado»).

ARTE PERUANO. A medida que avanza el interés por las cuestiones americanas, el desenvolvimiento de la arqueología toma más cuerpo, y los constructores y estudiosos encuentran fuentes más básicas para dilucidar puntos oscuros de la Historia.

En el caso particular de esta colección, formada por el archivero y arqueólogo español, Juan Larrea (y que, como es lógico, lleva su nombre), es muy fácil de observar el impulso magnífico que por medio de su estudio se puede dar a los problemas peruanos, resueltos muchos de ellos hoy con su valiosa cooperación.

Sólo publica el Comité organizador del Congreso americanista unas cien reproducciones fotográficas de la Colección Juan Larrea (expuesta en Octubre del 33 en el Museo Etnográfico del Trocadero, el pasado curso en la Biblioteca Nacional, patrocinado por este centro y la Academia de la Historia — catálogo minucioso de la señora Vega de Ferrandis y el señor Trimbom —, y en Sevilla, con ocasión del XXVI Congreso de Americanistas) que critica y anota — según nos consta, aunque no figura su nombre en la obra — Manuel Ballesteros Gaiibrois, con su proverbial pulcritud y seriedad investigativa.

La personalidad, aunque no absolutamente autóctona, y el atractivo de lo peruano ha excitado desde hace muchos años el interés de viajeros y eruditos que acuden al altiplano, en donde se sintetizan bajo el imperio socialista de los Incas, todas las culturas peruanas de la costa y la montaña.

El notador enfoca en las 22 páginas de texto el panorama de las actividades desarrolladas sobre estas cuestiones, analizando con brevedad concisa, a grandes rasgos, los aspectos de mayor importancia que la observación de los cien objetos reproducidos le suscita. Acompañan siempre a los asertos las fuentes bibliográficas, muchas de ellas copiosas, que permiten una orientación completa en los problemas totales y parciales, y que además facilita al buscador las notaciones descriptivas que en los catálogos publicados de la Colección completan el conocimiento específico de cada pieza.

El conjunto de la monografía expresa el criterio de quien no pudiendo, ni mucho menos (por el espacio y por su envergadura), agotar el tema que trata, procura y consigue redondear la idea exacta de lo que expone y analiza.

Comprende este grupo de la Colección Juan Larrea objetos de cerámica, principalmente incaicos, entre los que destacan los aríbaros o anforitas cónicas de estilo cuzqueño y las piezas de cerámica figurada, con sus raras y vivacísimas caras enigmáticas y de muy difícil clasificación; trabajos en piedra, entre ellos 39 figuritas de turquesa, tesoro inapreciable tanto por su valor intrínseco como por los innumerables problemas que encierra; objetos de metal, muchos de oro, muy estudiados, pero tan complejos, que todavía no se ha podido llegar a conclusiones definitivas. Como si no bastara para calificar de única la Colección todo esto, nos encontramos con una serie profusa de objetos de madera y una cantidad extraordinaria.

JOSE MARIA BENITEZ TOLEDO: En los problemas del petróleo se entrelazan de tal manera los aspectos políticos y económicos, que al hablar de una política del petróleo se nos aparece la idea de que no es un capítulo de la política económica o fiscal, sino de la política en general, nacional e internacio-

nal. Aún más: la historia breve pero intensa del petróleo va de tal modo unida a una de las fases del desenvolvimiento del capitalismo de tonalidades imperialistas, que ha llegado a adquirir incluso matices legendarios, y en ella los Rockefeller y los Deterring aparecen nimbados por una aureola que tiene mucho de picaresca.

El trazado de las etapas más importantes de esa historia y de las vicisitudes de la política del petróleo en los Estados Unidos, Inglaterra, Francia y otros países; constituye la primera parte de la obra del señor Benítez. Ha sabido combinar con una amenidad, que campea en todo el libro, el manejo de la documentación objetiva y cifrada que le da altura.

Después de exponer los resultados de las experiencias llevadas a cabo en los principales países, aborda el tema central: la política española con relación al petróleo. Estudia en ella los supuestos que a dicha política imprimen las características de nuestro país y de nuestra economía, los medios de que puede disponerse y los fines que ha de llevar a cabo. La Compañía Arrendataria Española (Campsa), cuya historia y desenvolvimiento traza, es, a su juicio, un excelente medio de tal política, por su actuación en los ocho años que lleva de vida, en el orden de rendimiento fiscal y de independización en lo posible del extranjero. Propone como fines de la política futura el control de yacimientos extranjeros, el estudio del subsuelo español, la nacionalización de los fletes, el impulso a la industria del refino, el establecimiento de «stocks» de reserva y la experimentación e industrialización prudente de la destilación e hidrogenación de minerales. De la enumeración de estos fines puede apreciarse que el señor Benítez ha intentado ponderar consideraciones puramente económicas y fiscales con otras de política de defensa nacional. La preocupación torturante de la hora presente tiene, pues, adecuada cabida en la articulación de los fines que asigna a nuestra política del petróleo, inclinándose unas veces, como en el caso de la gasolina sintética, por las razones de tipo económico y fiscal, y otras, como en la nacionalización de la industria del refino y de los fletes, por el peso de los argumentos principalmente de defensa.

El libro del señor Benítez trata un tema de tan elevado interés como el de la política española del petróleo con gran conocimiento y detalle dentro de su extensión y —repetimos— con amenidad que lo hace atractivo.

ALBERT DES-PAUX: «Les dévaluations monétaires dans l'histoire». Bibliothèque d'histoire Economique. Marcel Riviere. París.

El hombre de nuestros días, que tiene en su país y ante sus ojos un sistema monetario ordenado y poco cambiante, a quien estremece pensar que aquél se transformase constantemente, ignora muchas veces que tal situación fué normal en otras épocas y

que el caos en el dinero, los precios y sus relaciones ha reinado largos periodos.

Esta consecuencia se obtiene con la lectura del libro de Despaux, que va analizando, con la minuciosidad del técnico monedero — más que con el afán de buscar la unidad y explicación de los fenómenos, que debe guiar al teórico de la historia monetaria —, la evolución de los sistemas del dinero, no sólo en sus descensos — como el título indica —, sino también en sus elevaciones.

Si elementales son sus datos en lo que al mundo antiguo se refiere, no ocurre así con la historia monetaria de su patria durante el medioevo, ya que ella constituye en realidad el núcleo fundamental del trabajo.

De los merovingios a Francisco I, es probable no haya quedado transformación en el dinero que Despaux no reseña, y por veces gusta detenerse y añadir a la fatigosa y escueta relación de datos y cifras comentarios e hipótesis explicativas de las variaciones. Buen ejemplo de ello es el estudio sobre el nieto de San Luis, Rey a quien la Historia llama indistintamente Felipe IV «el Hermoso», o también, siguiendo el anatema del Dante, «le roi faux-monnayeur», y para cuyas formidables desvaloraciones busca el autor — ciertamente con fortuna — plausibles razones de guerras, estrecheces tributarias, etc. Menos ha movido su pluma la Francia moderna, y es lástima que dedique tan escaso interés al tratar del conflicto provocado por aquel hombre audaz que se llamó Law.

Pero el libro, mediatizado por su título, ha tenido que completarse con la historia monetaria de otros países, bien que todos europeos. En los más, la indicación es tan parca, que vea el comentario, y España, que goza de mayor espacio, es poco afortunada en el contenido. Muchos datos materiales inexactos hubieran sido evitados por Despaux de haber hojeado nuestro Colmeiro, y Morales y Burriel, por no citar más, habrían llevado a su ánimo el peligro de hacer afirmaciones absolutas sobre varios puntos; por ejemplo, la aparición del maravé de oro. Más cuidado es el período de los metales que nos vienen de las Indias, y el fino trabajo de Hámilton hace el milagro.

Se abre el libro con unas indicaciones teóricas sobre la moneda y las causas de sus variaciones, poco afortunadas por desgracia. La supresión de ellas y los países europeos tratados al final — para los que ya solicita benevolencia el prólogo — hubiera mejorado la obra, que por lo que a Francia se refiere, entrega al menos un centón de datos nada despreciable. — José María Naharro.

PAUL MORAND: Paul Morand que «La Route des Indes», París.

Paul Morand que es un gran viajador, ha escrito un panorama del mundo, que se anuncia como una obra importante y original. Después de haber publicado tres retratos de ciudades, Nueva York, Londres y Bucarest, toma hoy un tema más vasto, «La Route des Indes», que acaba de aparecer en las Ediciones Plon.

El tema es de proporciones gigantescas, pero el autor ha sabido dominarlo con facilidad a pesar de los intrincados acontecimientos que se han sucedido en el camino legendario. Estimamos de interés dar una idea de conjunto de este libro que ya ha alcanzado un éxito indiscutible.

Debe dejarse constancia, desde luego, de la atracción irresistible que las Indias, desde los tiempos más antiguos, han ejercido sobre Europa. Más curioso todavía es examinar las consecuencias prácticas y fecundas que ha producido este entusiasmo. Colón descubrió América con la pretensión de encontrar un camino a las Indias y también, en busca de la tierra prometida, se descubrieron por accidente, Canadá, Manhattan y Brasil. Por buscar, en el siglo XVIII, un pasaje al noroeste, Cook izó la bandera inglesa en las tierras de Oceanía.

Tres grandes divisiones se imponían naturalmente a Morand: la vía marítima, que hasta ahora es la más importante, la terrestre y la aérea.

En la historia de la vía marítima, un primer hecho domina todos los acontecimientos. Los árabes, instalados en Egipto, habían cerrado el paso por el Mar Rojo y arruinado así el comercio europeo con las Indias: se hacía indispensable encontrar una nueva vía. En 1488, Vasco de Gama se lanza a la gran aventura y para economizar tiempo va derecho de las Islas de Cabo Verde hacia lo desconocido. Recorre así mil ochocientas leguas sin ver tierra. Milagrosamente alcanza el Cabo de las Tempestades, lo dobla y llega a Calicut. Con esto escribe una página de la historia del mundo. El poder otomano recibe el golpe más grave y desde este momento comienza su decadencia. Los portugueses, victoriosos en esta guerra por la pimienta, pasan a ser los primeros comerciantes de especias en el mundo.

En este momento, a principios del siglo XVI, los venecianos, desconsolados al ver a sus rivales portugueses instalarse en las Indias, conciben por primera vez el proyecto de abrir un canal que una el Nilo y el Mar Rojo, proyecto que será una realidad cuatro siglos más tarde.

Morand canta con entusiasmo la gloria de los grandes conquistadores portugueses, Vasco de Gama y Albuquerque, fundadores de un Imperio que todo un siglo les asegurará el monopolio del comercio del Oriente y el tráfico exclusivo de las especias, indispensables a los europeos para alifitar sus alimentos. Al desembarcar por la primera vez en Calicut, los soldados de Vasco de Gama saludaron la tierra con el grito de «Christos e especiaría», Cristo y las especias. Estas hazañas son verdaderamente fabulosas si se piensa que un puñado de hombres partía a la conquista de la mitad de la tierra en carabelas de doscientas toneladas, sin mapas, sin brújulas, sin cronómetros, con escasísimos conocimientos científicos y con tripulaciones supersticiosas capaces de todo. Citemos a Morand: «¿Qué son al lado de estas ambiciones nuestros imperialismos calificados de insaciables y nuestros triunfos? Los Esta-

dos Unidos con gran despliegue de fuerzas y de dinero conquistan las Filipinas, los ingleses derrotan difícilmente a los boers, los franceses después de treinta años no han conseguido aun borrar las disidencias en Marruecos y los italianos para dominar a Etiopía necesitan cuatrocientos mil hombres con tanques, gases y aviones».

Las dificultades para la construcción del Canal de Suez, segundo gran episodio del camino de las Indias, son vivamente contadas por Morand. La amistad de Ferdinand de Lesseps y de Mohammed Said, Virrey de Egipto, la concesión acordada por éste de 85 mil acciones, que Inglaterra ha rehusado antes, convencido de la importancia del proyecto, son acontecimientos brillantemente estudiados por Morand, así como lo son también las mil intrigas puestas en juego por Inglaterra para hacer fracasar el Canal, la muerte del Virrey y la ascensión al trono de Ismail Pachá, las gestiones de Lesseps en Constantinopla, en París, en Londres, en Alejandría, que hacen pensar en el Napoléon de la campaña de Francia, presente en varios puntos a la vez, y, al fin, la inauguración, el 17 de Noviembre de 1869, con asistencia de los representantes de toda Europa, convencida ya de la importancia y consecuencias benéficas de la obra, y en presencia del Sultán de Turquía Abdul Aziz, de la Emperatriz Eugenia y del Emperador Francisco José. Inglaterra misma consagró a de Lesseps una verdadera apoteosis, después que el «Times» había escrito poco antes «la literatura imaginativa no ha muerto en un país como Francia que cuenta con Alejandro Dumas y con de Lesseps».

Morand cuenta en seguida toda la historia del Canal. Una de las páginas más célebres es la ofensiva, en Febrero de 1915, por la cual Djemal Pachá y el general Von Kress, trataron de pasar el Canal, entrar en Egipto y levantar el país en contra de los ingleses. Fué uno de los momentos más críticos de la guerra: los ingleses, tomados entre dos fuegos, podían perder Egipto. El 3 de Febrero, Djemal, que ha hecho traer diez mil camellos para su aprovisionamiento, comienza la batalla en Ismaili, el lugar más estrecho y más fácil de cruzar. Un perro turco, que la noche del ataque dió la alarma despertando a los perros del campo inglés, fué el salvador. En la mañana, la lucha era indecisa; el acorazado inglés «Hardinge», en muy mal estado, fué obligado a retirarse; pero los cruceros franceses destruyeron las baterías pesadas que los turcos habían traído de Siria, gastando grandiosísimos esfuerzos, y haciéndolas arrastrar en la arena por buyes de Anatolia. Mil hombres y siete mil camellos fueron sacrificados. En la tarde hubo consejo de guerra: Von Kress quiso continuar el combate con sacrificios del ejército turco, y Djemal, el enemigo de siempre de los alemanes, no aceptó y ordenó la retirada. El Canal de Suez estaba salvado.

En el transcurso de los años se han manifestado en este camino las grandes rivalidades anglo-francesas. «Que la Inglaterra se arrodille atacándola en las Indias», es el

objetivo que Napoleón no pierde jamás de vista. «La Inglaterra es vulnerable en las Indias», declara Napoleón ante el Directorio. Más tarde se realiza la expedición de Egipto, la victoria de las Pirámides, y, como contrapartida, el desastre naval de Aboukir, primera manifestación de la coalición fomentada en Europa por Inglaterra contra Francia. Vino después la pérdida definitiva de Egipto. «Mis proyectos y mis sueños, todo, Inglaterra lo ha destruido», decía Napoleón en Santa Elena.

Dando la vuelta por el Mar Rojo, encontramos Akaba, que está frente a Suez, y que un día no lejano podrá servir grandes intereses: si en 1868 los ingleses no obtuviesen la renovación del contrato relativo al Canal, es bien verosímil que abrirían en la región de Akaba un nuevo Canal del Mar Rojo al Mediterráneo. Actualmente es una aldea vecina a Djeddah, puerto de la Meca, donde las mujeres están tan severamente enclaustradas en los harenes, que les es prohibido tocar discos con voces de hombre. Chei'kn Saï'd, que ocupa una de las posiciones más estratégicas del globo, y que podría haber llegado a ser un Gibraltar francés, perteneció a dos comerciantes marseleses que lo ofrecieron en venta por dos millones de francos, sin encontrar ningún interesado; ahora es una especie de tierra de nadie englobado en el territorio del Yemen; Perim ocupado por los ingleses desde 1855; Djibouti, la posesión francesa, y, por fin, Aden, el gran puerto inglés que es el baluarte de las dos principales vías del Imperio Británico, la del Cabo y la de las Indias.

Veamos ahora lo que era en los tiempos antiguos el camino terrestre de las Indias. Dos itinerarios se ofrecían, a través del Asia, llamados los caminos de la seda, de los cuales uno era el verdadero camino de las Indias, puesto que descendía hasta el Indus. Las principales estaciones eran Petra, donde Roma depositaba las mercaderías, y que es una ciudad extraña, edificada en la piedra entre dos inmensas paredes de roca verticales que casi se juntan; Palmira, de donde salió la Reina Zenobia, prisionera, cargada con cadenas de oro, detrás del carro del Emperador Aureliano; Antioquía, sobre la cual medita pintorescamente Morand. Vienen después las ciudades del Golfo Pérsico, que son actualmente para Inglaterra de gran utilidad, porque sirven de estaciones a la vía aérea. Es tal la importancia que Inglaterra acuerda a estas regiones, que la sola expedición de Mesopotamia le costó cuarenta mil hombres y treinta mil millones de francos.

Aquí aparece la extraña personalidad de Ibn Seoud, el Rey de Hedjaz. Arabia, cuya parte central es ocupada por Hedjaz, goza de una situación única: desde sus cuatro costados, tres marítimos y uno terrestre, Arabia domina el camino de las Indias. Es un país inexplorado (el desierto de Dahn es la región menos conocida del globo) pero que está llamado a un inmenso interés, porque llegará el día en que el camino de las Indias, que incesantemente toma la línea derecha, a

lo largo del paralelo 30, el itinerario bíblico de los hebreos, atravesará, para ir al Cairo, el Nedj, que es el corazón de Arabia. Inglaterra, comprendiendo claramente este porvenir, ha tomado posesión de todos los accesos importantes de Arabia sobre el mar: Koweil, Djeddah, Aden y Bassora. Arabia es Ibn Seoud. Cuando la Turquía de Kemal Pachá renunció a la soberanía religiosa, sobre el universo mahometano, dos jefes árabes se disputaron el título de «Commandeur des Croyants», Hussein e Ibn Seoud. Hussein tomó al principio la sucesión; pero pronto fué derrotado por Ibn Seoud, que en 1926 fué proclamado Rey de Hedjaz. Apoyado por Londres, que lo necesita, y por La Meca es ahora el dueño absoluto de este Imperio, que se extiende del Mar Rojo al Eufrates. Es un soberano moderno que organiza peregrinaciones religiosas en automóvil y en avión; pero que practica el más riguroso puritanismo. Todos los pueblos que él gobierna, viven bajo la más estricta disciplina, y en la austeridad más absoluta: prohibición de fumar, de beber alcohol, de usar sederías, de aficionarse al lujo, de poseer metales preciosos. Su desierto de arena es ahora un desierto de virtud, dice Morand. Ibn Seoud, a los 18 años, tenía tres compañeras, y a los 37 contaba con más de un ciento; ahora, a los 55 años, posee ciento sesenta mujeres, que le han dado 27 hijos sin fijarse en las hijas, que no vale la pena contarlas. Los árabes son 38 millones, y los mahometanos 210 millones; pero los árabes se creen ungidos por Dios para reinar sobre el Islam, y de ahí nace que Ibn Seoud, su jefe supremo, sea para Inglaterra un aliado poderoso. Si Inglaterra, sin embargo, exagerara su amistad por las colonias sionistas, podría despertarse el tradicional odio del árabe por el judío, y el aliado de hoy podría ser el enemigo de mañana.

Un cuadro del Camino de las Indias no sería completo sin hablar del petróleo: es éste el que ha reemplazado como objetivo las especias de los portugueses. Abadan, sobre el Golfo Pérsico, es uno de los centros vitales del petróleo; ahí está instalada la Anglo Iranianan, una de las pocas compañías de petróleo que pertenezca a un Estado en este caso el Estado persa, o, más bien, el Estado Iranio, puesto que Persia ha cambiado de nombre. En Mesopotamia, otro centro de gran importancia, Kirkuk, asiento de la Irac Petroleum, que pertenece en dos cuartas partes a Inglaterra, y a Francia y a Estados Unidos en una cuarta parte a cada uno.

¿La vía aérea reemplazará a las otras dos? Las mercaderías preciosas o sujetas a descomposición, son transportadas por los aires actualmente a Inglaterra. Para rivalizar con los aviones holandeses, se preparan para el año próximo servicios regulares que harán el viaje de Londres a las Indias en dos días y medio.

Este resumen, bien incompleto, por cierto, puede dar una idea de la universalidad de la materia que el autor ha logrado exponer con tanto brillo. Morand ha conseguido, en

350 páginas, contar lo esencial sobre esta vía que desde hace tantos siglos está estrechamente unida al destino del mundo. — Francisco Amunátegui. («La Nación»).

JOSE MARIA MONNER SANS: El teatro de Pirandello atrae más vivamente a los críticos que al público. Entre nosotros, ningún poeta, ningún novelista,

ningún dramaturgo ha interesado tanto a los exégetas como el ilustre dramaturgo italiano. No menos de tres volúmenes se han dedicado al análisis de su extraño y personalísimo sentido artístico y dramático. El de José María Monner Sans, que lleva por título «El teatro de Pirandello», de reciente aparición, se diferencia de los anteriores de Homero Guglielmini y Octavio Ramírez, en que se propone y consigue ser un examen integral de la obra de Pirandello, y no la discriminación de algunos aspectos filosóficos o estéticos de su teatro, o una sucesión de artículos sobre diversas producciones del gran renovador, sin nexo entre sí.

José María Monner Sans, que dió prestigio intelectual a su nombre con una labor abundante y documentada de crítico teatral, publicada en revistas y expuesta en ciclos de conferencias dictadas de acuerdo con un plan preestablecido de continuidad, no había abordado hasta ahora — con excepción de su curso ordenado sobre la obra de Benavente, que no dió a publicidad — la labor panorámica de un autor, como lo ha hecho con Pirandello. Su sentido crítico gana extraordinariamente con el trabajo orgánico de una obra de aliento. «El teatro de Pirandello», si no revela — pues su condición de escritor especializado es bien conocida y respetada — descubre de una manera más amplia su personalidad, de rara penetración, que investiga con amor y extrae un rico material humano e ideológico, con los que guía y orienta al lector. Ampliamente informado de las tendencias estéticas, filosóficas y morales de la literatura contemporánea, y especialmente de la dramática, no se conforma con precisar las características de la obra pirandelliana, subrayando la verdadera índole de sus personajes, exhibiendo las preocupaciones íntimas de los mismos, junto al andamiaje completo de cada pieza, como un arquitecto que está en el secreto de todos los detalles de su construcción. Procede obedeciendo a un propósito mucho más vasto, que muestra la envergadura del crítico: busca las raíces y aísla los elementos que las nutren. A tal fin traza el cuadro completo de la literatura escénica inmediatamente anterior a las formas nuevas y de esta manera la original personalidad del creador dramático estudiado, surge más nítida, con todos los relieves que le dan categoría universal, pero también con todos los antecedentes que clarifican su obra.

El ensayo del señor Monner Sans se divide en quince capítulos, de los cuales los últimos cuatro, «El arte de Pirandello», «Su técnica teatral», «El pensamiento de Piran-

dello» y «Pirandello, expresión de nuestro tiempo» constituyen una síntesis de los que los preceden, y en ellos expresa su pensamiento sobre el dramaturgo. Dice, en el primero de los capítulos citados: «Nuestro autor, como Dostoiowski, como Chiarelli, como otros de sus coetáneos — Andreieff, Evreinoff, Unamuno, Proust, Gide, Lenormand, Gantillón, Rosso di San Secondo, Crommelynck, Pellerin, O'Neill, etc. han enseñado a excavar más en la hondura del ser. Es el suyo un arte disociador, que persigue lo simple en lo complejo, para presentarnos, sincrónicamente, lo complejo y lo simple. Arte que, hurgando desesperadamente en nuestro yo, busca calmar la inaplacable ansiedad en que se debate el hombre de hoy. ¿Por qué esta ansiedad? Porque los conceptos admitidos hasta ayer ya no son válidos, porque han caducado». «Estos es, pues, — agrega — el contenido genuinamente humano — humano en la arcaica acepción del término — que reviste el arte de Pirandello. «Arte verista y no realista». «Arte que, algo cerebralmente, trabaja — sin embargo — con los materiales acumulados por la vida actual sobre su mesa de escritor. No la vida que es acción únicamente, sino, en informe revoltijo, acción y ensueño, voluntad e ilusión». Pirandello es demasiado complejo para que el sentido particularísimo de su arte pueda ser apresado por un exégeta y compartido espontáneamente por el lector. No obstante ello, las observaciones transcritas se aceptan, sin resistencia alguna, como verdaderas. Débese esta facilidad a la necesaria equidistancia del crítico con respecto a las emociones y sensaciones personales que le hayan brindado las obras. Monner Sans no expresa subjetivamente las sugerencias recibidas cuando habla de una vida que no es acción únicamente «sino, en informe revoltijo, acción y ensueño, voluntad e ilusión». Sabe que la «acción» en uno, bien puede ser «ensueño» en otro, y que lo que es «voluntad», nada más que «voluntad», en un personaje pirandelliano, puede ser juzgado por el espectador como una «ilusión» purísima. Esa sobreentendida contradicción de los elementos imponderables, le permite aproximarse al verdadero sentido artístico de la obra analizada.

En el capítulo dedicado al estudio de la técnica de Pirandello, consigue Monner Sans los mejores aciertos de su ensayo. Juzguese sino: «Teatro de ideas, de diálogo y de caracteres. También de situaciones. Con lo cual se prueba, una vez más, que Pirandello sabe amalgamar lo cerebral y lo emotivo. Es diestro en este menester de trazar situaciones destinadas a lograr un seguro efecto. La atmósfera de su teatro está impregnada de cierto magnetismo misterioso: se presiente que, de improviso, algo insólito va a acontecer. Con la certeza, además, de que, al producirse, el autor apurará la lucha entre sus personajes hasta el último extremo. Más todavía: la situación inesperada provoca a menudo otra u otras». A continuación el crítico se detiene a precisar el escalonamiento de las escenas y de las situaciones

de la comedia *La signora Morli, una o due*, para corroborar, con el ejemplo, la exactitud de sus observaciones. No le es necesario el ejemplo. Son ellas de tal exactitud que pueden hacerse extensivas a casi todas sus piezas. Pero el ejemplo sirve para poner en evidencia la clara organización mental del ensayista especializado. La red de sus observaciones se extiende hasta abarcar todos los aspectos formales de una obra. Luego, las alinea, las clasifica y define el carácter técnico de las mismas. Por otra parte, las comedias que toma como representativas de la «manera», o, mejor, de las «maneras» del autor dramático, son realmente reveladoras de su singular capacidad creadora.

En «El pensamiento de Pirandello», capítulo penúltimo, Monner Sans hurga en el contenido más secreto de la labor pirandelliana y le halla el escepticismo que tantas veces se le reprochó al dramaturgo. Se trata de una inquisición profunda e inteligente, que señala el origen del pensamiento dominante en el arte del gran siciliano. Pero esa busca de las raíces en las ideas de Pirandello resulta un poco innecesaria, aunque se justifique con el propósito de demostrar la influencia que han tenido sobre el artista los estudios de filósofos realizados en una universidad alemana. En estas cosas — nos permitimos creer — nadie sabe tanto como el propio autor, y Pirandello, según lo recuerda Monner Sans, niega deberle nada a los estudios universitarios.

En las últimas tres páginas del breve volumen, que forman el capítulo «Pirandello, expresión de nuestro tiempo», Monner Sans ubica el espíritu y el contenido de la obra de Pirandello en el angustiante clima intelectual y artístico del presente. «Condenado el hombre a ignorarse a sí mismo y a ignorar al prójimo, inahibitadamente para conocer la realidad y para justificarla, se debate en una angustia sin término. Es un pelele ridículo, del cual burlarse cruelmente el destino. Su desazón provocaría la ironía más amarga, si no suscitara, también, piedad infinita. De esta «cómica percepción del contrari», como dice Pirandello, surge su humorismo, tesitura espiritual de doble valencia: no ríe desembobadamente en sus obras porque lo conturba el dolor ajeno, que es el propio, observa el crítico con respecto a las complejidades de los personajes principales del teatro pirandelliano, reacionándolas con la intimidación psíquica de su creador. Difícilmente podría darse otra síntesis tan aguda y tan clara, de los problemas y de los individuos que vivifican las obras del extraordinario meridional. — Samuel Eichelbaum.

ALEJANDRO VICUÑA. Dice el *Eclesiástico* que el Señor «entregó el mundo a las disputas de los hombres».

No parezca extraño, entonces, que el pequeño mundo que encierra un libro se vea acosado por opiniones opuestas: ¿va a merecer

mejor suerte la obra del cerebro humano que la obra del Creador?

Alejandro Vicuña, en el pórtico de este nuevo libro, hace un coloquio con el Santo que ha estudiado y lo llama «amigo Juan». Pues ha bastado esta frase para que los críticos adoptasen posiciones discordantes: uno — más comprensivo — dice que el autor nos ofrece «un San Juan Crisóstomo, familiarmente tratado, sin «san», visto de cerca, no sólo como hombre del cielo, sino también de la tierra, lo cual nada le resta de santidad y le agrega mucho de simpatía». Otro — más protocolista — confiesa la sencillez y demás virtudes del Crisóstomo, pero cree «grave error aprovecharse de tan bellas cualidades para tratarle con excesiva confianza».

Y he aquí que el «amigo Juan» ha quedado así oscilando como un péndulo entre estas opiniones discordes; pero es muy sencillo evitarle esa posición incómoda y darle su punto de gravedad: bastaría leer los coloquios de los místicos, en los cuales no choca el tratamiento familiar con el mismo Dios, porque lo explica y lo justifica el amor que, según el decir de los mismos, todo lo iguala. Desvanécese toda sombra de escándalo, que no hay por qué.

No hay duda de que el Santo Doctor de la Iglesia se le adentró en el corazón del autor. Después de haber convivido con Savonarola y San Francisco de Sales, con el Reformador florentino y el Señor de Ginebra, con el monje-huracán y el obispo-dulzura, nada más natural que su temperamento inquieto y curioso buscara el tipo de varón que participara de esos dos caracteres tan distintos; y lo halló cabal en el orador antioqueño de magro cuerpo y de vigoroso espíritu.

Rastreando sus huellas hondas en la Historia Eclesiástica, dió con aquel exótico ambiente oriental del siglo IV, con un cristianismo que se defendía contra judíos, paganos y herejes; con las confabulaciones y alianzas políticas y eclesiásticas: cristianismo que se preocupaba ya de la justicia social, y que mantenía aun junto a su clero las diáconas y agapetas. Y en ese fondo casi novelesco, vió erguirse al austero Juan, amigo del Desierto y enamorado de San Pablo; al extraño presbítero de Antioquía que, robado al pueblo que lo ama y aclama, es arrastrado entre gendarmes para ser consagrado Patriarca de Constantinopla. ¿Cómo no iba a seducirle este cuadro a Vicuña? Mira al Crisóstomo en su sede, y de una pincelada valoriza el conjunto: «Frente al espíritu impaciente y severo de Juan, se yerguen una Corte disoluta y avasalladora, un clero ignorante, corrompido y maestro en las artes de la intriga, y una masa de fieles anarquizada por las herejías y el desgovernmento, y entregada a los excesos de un paganismo, abandonado en el terreno de las creencias, pero triunfante aun en el terreno de las costumbres». Esta síntesis no se refiere a situaciones de hoy.

Inmerso en la realidad, Vicuña estudia a su héroe como hombre que pisa la tierra, antes de ser elevado al Olimpo canónico del

Santorál: lo observa en sus imperfecciones de carácter y en sus virtudes de pastor cenobita; admira al Boca de Oro que triunfa con su verbo y su talento; se inclina ante el corazón magnánimo del que defiende en su basílica a su propio adversario, el eunuco Eutropio que con intrigas y adulos había llegado a ser Ministro. Mas, el autor, experto en el claroscuro, hace resaltar las luces del Patriarca sobre las sombras del voluble y tímido Emperador Arcadio, de su caprichosa mujer Eudoxia y del astuto Teófilo de Alejandría, llamado «el Faraón cristiano»; y aparecen recatadas en tenues penumbras, Anthusa, la madre de Juan, toda ternura y fortaleza, y la diaconisa Olimpia, alma fiel e inconsolable por el exilio del Santo.

El autor le ha pedido al Santo en su coloquio: «Defiéndeme, santo y amigo, contra los juicios torpes o mal intencionados...» Hasta ahora parece que el Santo Doctor le ha oído. Vicuña vió cómo su «Señor de Ginebra» fué magullado en nombre de los Cánones por no ostentar la licencia eclesiástica. Pues bien, van tres meses de vida de este «Crisóstomo» nacido en iguales condiciones y no ha sufrido el reproche. ¿Será que sólo cuando se sienten heridos los intocables hay que tomar el nombre de la Iglesia para vengarlos? También «en nombre de Dios y para bien de la Iglesia», Teófilo de Alejandría abrió un concilio para condenar al severo Patriarca de Constantinopla... — Francisco Donoso G. («El Diario Ilustrado»).

DIARIO DE UN Las traducciones de
ESCRITOR, por Dostoiewsky, como en
Dostoiewsky, tra- general las que nos
ducción de Paul llegaban de España y
Schostakowsky. nos proporcionan ahora
Santiago. editores chilenos, eran,
sin excepción, traduc-

ciones de traducciones; porque si en el reino de la literatura rusa son muchos los llamados a admirarla, pocos son, en verdad, los escogidos capaces de conocerla directamente y aun de un modo más o menos próximo.

Ese idioma, rico y flexible entre todos, hasta ceñir los matices poéticos y el ritmo de otras lenguas, ofrece dificultades casi insalvables para los extranjeros, de donde viene el conocido fenómeno de que, mientras el moscovita aprende fácilmente a expresarse en cualquier vocabulario, el que no ha nacido dentro del antiguo Imperio tiene que gastar toda una vida en penetrar sus secretos lingüísticos.

El propio Dostoiewsky lo anota en este Diario, que es un profundo estudio de la psicología eslava: «Cada ruso — escribe — puede hablar todos los idiomas y aprehender el espíritu de cualquiera lengua extranjera en todas sus finezas, como si fuera su propio idioma ruso; capacidad que falta a los países europeos en el sentido de la capacidad popular general».

Dejamos a los pensadores políticos, no ofuscados por la propaganda soviética, sacar las consecuencias sociológicas que de este hecho pueden desprenderse y nos limitaremos al caso de la versión literaria.

¿Cuántos hay o habrá que se pasman delante de las bellezas supuestas reveladas por una obra dos veces refractada a través de cristales imperfectos y deformantes! ¿Reconocería muchas veces el propio autor al hijo de sus pensamientos bajo esos dobles disfraces? Desde luego, el francés, con su inflexible orden, es uno de los vehículos menos apropiados para traernos la imagen moscovita y hacernos sentir sus perfúnes originales. Paul Schostakowsky lo observa, y podemos creerle a éste que, casi de un día a otro, se improvisó escritor casteliano, y nos dió aquí mismo, ocho años atrás, esos magníficos volúmenes de «El Calvario Ruso» y «Mundo Hundido», los más patéticos cuadros y los más fieles de la catástrofe soviética. Asimismo tenemos que hacerle fe cuando nos afirma que el español se presta muchísimo más que la lengua de Racine para adaptarse a los accidentes de la modalidad eslava. No en vano se han reconocido entre Rusia y España puntos de parentesco que actualmente surgen, por desgracia, demasiado a la vista del mundo!

Schostakowsky, hombre maduro, de una sagacidad penetrante y vasta cultura europea, ha vertido directa y escrupulosamente del original el «Diario de un Escritor», de su compatriota Dostoiewsky y, en el prefacio que lo acompaña, acentúa el interés y la trascendencia del volumen.

Dostoiewsky era un visionario. Casi medio siglo antes que estallara la revolución rusa «este psicólogo sin par, en una visión profética del bolchevismo, supo encontrar el prototipo del revolucionario que sabría dominar al pueblo y a la revolución»; y los que ahora leen «Los Poseídos» no pueden menos de asombrarse de sus predicciones tan precisas, tan justas y tan sólidas. Pues, bien, el «Diario de un Escritor» contiene advertencias todavía más graves, que tocan especialmente a los intelectuales del mundo entero en la hora presente.

La llamada ola roja, declinante en el océano mismo donde se levantó, desborda las fronteras y agita naciones que nos quedan próximas por la sangre y el espíritu. Tenemos ya aquí naufragos de la tormenta, testigos indelucibles e insobornables que nos cantan su «mea culpa», describiéndonos el estrago de las pasiones populares que ellos, inconsiderablemente, contribuyeron a desencadenar y cuyo azote ahora están sufriendo. Es la misma historia de siempre, la eterna fábula del Aprendiz de Mago. Dieron suelta a las fuerzas naturales y después no saben cómo librarse del fondo salvaje de la humanidad que los sumerge. No necesitamos nombrar persona. Todos hemos visto la figura eminente del que «coquetó con las izquierdas» y cuya franqueza castellana no hace misterio de ese error juvenil ni de sus terribles consecuencias. Se dice: aquí no sucederá lo mismo. No. Aquí no pasará nada. ¿Sirven de algo las lecciones de la Historia? Son las palabras de los nobles franceses antes del 89 y del 93. Es la actitud de la aristocracia rusa junto al último Zar. Y la intelectualidad española copió ambos mo-

delos. . . . Nosotros, forzosamente, debíamos imitarlos.

Ese tipo de intelectual funesto. Dostoiewsky lo retrata en el «Diario de un Escritor». Se llama Herten. Aquí lo conocemos todos y nada costaría aplicarle muchos nombres. «Por cierto — dice — Herten tenía que hacerse socialista y, precisamente, como un señorito ruso, es decir, sin fin ni necesidad alguna, sólo por el curso lógico de las ideas y por vacuidad de corazón hacia su patria. Renegó de las bases de la sociedad anterior. Negaba la familia, y era, al parecer, un buen padre y marido. Negaba la propiedad y, mientras tanto, tuvo tiempo de arreglar sus asuntos y le agradaba saber en el destierro que tenía su situación material asegurada. Fomentaba revoluciones y excitaba a otros a hacerlas, y al mismo tiempo quería confort y la tranquilidad de su hogar. Era un artista, un pensador, un escritor brillante, hombre que leía mucho, de espíritu vivo, un interlocutor asombroso (hablaba mejor que escribía) y un reflector excelente. He aquí a Herten, hijo sonriente de una fatalidad siniestra, petulante, avanzado, enemigo de los viejos, generoso con los bienes ajenos y empeñado en destruir la casa que él no ha construido, pero de la cual disfruta.

No se oculta a la mirada de Dostoiewsky la raíz primordial de este fenómeno ruso y universal que es el humanitarismo beato, y la piedad irreflexiva, la compasión enemiga del cerebro y de peores efectos que la durcía de corazón.

¡Con qué amargo sarcasmo refiere las sentencias pronunciadas por aquellos tribunales compuestos de jurados y que se llamaron «justos»! Una justicia sentimental que se guía por la impresión inmediata y resulta espantable injusticia. Se trataba de comprender — otra palabra de moda — a los criminales, no a las víctimas.

Veamos algunos casos.

Una mujer mató a su marido. El delito era flagrante y estaba comprobado. Ella misma lo confesó. «No, no tiene culpa», estimó el jurado. Un joven rompió la caja y robó dinero. «Estaba enamorado»; necesitaba plata para agradar a su amante. No tiene culpa alguna». El exceso de la misericordia hace dudar de la misericordia. Un mujik golpea a su mujer, la martiriza largos años, se burla de ella como de un perro. Acude al tribunal, y la aconsejan: Vivid en mayor concordia. La historia es espeluznante. El hombre colgaba a la mujer boca abajo y la azotaba con un cordel o una correa. La vida de un mujik carece de distracciones estéticas, como la música, los teatros, las revistas. Hay que completarla con algo. «Después de haber atado a su mujer o apretado sus pies entre las tablas del piso, nuestro mujik empezaba, probablemente, con método, con mucha sangre fría, aun con cierta flojera, a pegarla, llevando un cierto compás, sin escuchar sus gritos y súplicas; es decir, precisamente, escuchándolos con delicia, ya que de otro modo ¿qué gusto hubiera tenido en pegar?... Los golpes caen siempre más seguidos, siempre más

fuertes, más numerosos. El marido empieza a calentarse, a sentir placer. Ya se volvió completamente fiera y goza de su estado de fiera. Los gritos animales de su víctima lo emborrachan como vino. Voy a lavar tus pies y beber esa agua — grita la Beatriz con voz deshumanizada; pero al fin se calla, deja de gritar, sólo lanza ronquidos salvajes, la respiración se corta a cada momento, mientras los golpes caen, cada vez más agudos, más fuertes...». Por último, quiebra unos palos sobre las espaldas de su mujer, se sienta a la mesa, suspira y empieza a tomar el kvas. La hija lo ha presenciado todo. Y después mira cómo el padre cuelga a la madre por los pies y sigue pegándola; en seguida se sienta, cansado, come algo y toma nuevamente la correa y pega, pega a la mujer colgada. La mujer, completamente enloquecida, se ahorcó una mañana. El tribunal le había dicho: — Vivid en mejor concordia. Ahora el hombre está delante de los jurados. Grave, grasoso, concentrado. Niega todo. «Vivíamos como dos almas en paz», declara. Los jurados salen y tras corta deliberación, anuncian: Es culpable; pero hay circunstancias atenuantes. La niña ha declarado en contra; pero la misericordia interviene, y en virtud de las circunstancias atenuantes, el hombre tendrá solamente ocho meses de prisión. Luego regresará a su hogar, reclamará a la niña. Y tendrá nuevamente a quien colgar de los pies.

Esa es la misericordia rusa, la misericordia revolucionaria que trastorna a los intelectuales del mundo. Para estas almas tenebras, nada importa que el criminal asesine. La víctima ha muerto. El asesino está vivo y puede seguir cometiendo crímenes... Con el tiempo y cuando el orden social haya cambiado, el turno les llegará a los intelectuales de ser colgados a su vez con la cabeza para abajo, la cabeza que no supo pensar a tiempo.

La traducción del «Diario» de Dostoiewsky hecha por Schostakowsky es una de las obras más importantes que hayan aparecido en los últimos tiempos, y su oportunidad puede considerarse providencial. Las versiones francesas suavizan el original y no dan la impresión nerviosa, fuerte, áspera, de genio que improvisa, buscando las palabras. Schostakowsky artista y poliglota, nos presenta su imagen cruda y es un nuevo Dostoiewsky el que descubrimos, de un acento humano y de una verdad sobrecogedora. — Alone. («La Nación»).

CARLOS ORREGO Cuando se termina de leer este trabajo ameno y escrito con pulcritud, debe

confesarse uno que estaba con el ánimo pronto a seguir leyendo. La vida de Erasmo interesa, a tres siglos de su fin, pero interesa sobre todo el detalle de las vicisitudes intelectuales de una obra de humanista admirable sobre toda ponderación. Mas el autor de estas breves páginas parece haberse dicho con La Fontaine:

Bornons ici notre carrière:
les longs ouvrages me font peur.
Loin d'épuiser une matière,
on ne doit prendre que la fleur.

Y he aquí la vasta empresa de Erasmo como erudito, ensayista, disertante, editor y áulico reducida a sólo 46 páginas de texto. En ellas, justo es decirlo, nada importante falta: ni las alternativas de la carrera de Erasmo como profesor, ni las relaciones con Lutero y la Reforma, a la cual opuso el holandés la firmeza de su fe católica; ni las luchas contra Escalígero, sucesor de Justo Lipsio y maestro de Grocio, en la memorable y magna cuestión del latín, que Erasmo renovó y quiso que se cultivara a espaldas de la vacua receta de los «ciceronianos».

Erasmo, como dice el autor, «antes que holandés o súbdito del Imperio fué ciudadano de la República de las letras; hablaba siempre el latín — el idioma internacional de aquellos años — y sólo usaba el holandés para dar órdenes a sus sirvientes; y toda su vida luchó por la libertad: en el campo de las letras y en el campo de la filosofía, y fué el defensor del libre albedrío y el padre del libre pensamiento». Los tres siglos corridos desde su muerte han dejado en la sombra muchos aspectos de la magna obra de Erasmo: hace bien el señor Orrego en recordar cuánto contribuyó a la difusión de la cultura el editor de muchísimos manuscritos latinos y griegos, porque este erudito de gracia suprema y de penetrante inteligencia no desdén ser consejero y jefe técnico de las empresas editoras de su tiempo para llegar a través de ellas a las minorías letradas y ávidas de saber con que se anunciaban en el siglo xv y comienzos del xvi las inmensas multitudes lectoras de hoy.

El homenaje de recuerdo que el señor Orrego ha tributado a Erasmo está dignamente vertido en una forma elegante y distinguida y constituye un resumen que será de indispensable utilidad para cuantos deseen tener una visión rápida y somera de la obra del pensador de Rotterdam. — R.

HOMENAJE A BERGSON. El Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional de Córdoba

dirigido por E. Gouirán, acaba de publicar un tomo de homenaje a Bergson, integrado por heterogénea colaboración.

No podía ser más auspiciosa la iniciativa y había derecho a mucho más que lo realizado. Una justa estimación hubiera evitado la reunión arbitraria de trabajos tan dispares. La responsabilidad exigía esperar o, al menos, no sacrificar la calidad para ofrecer una edición con apariencia de libro.

Nos ocuparemos, en primer término, de las contribuciones valiosas. Ante todo el artículo de Korn: *Bergson en la filosofía contemporánea*, primero en el orden de publicación y en la calidad.

Bergson y Kant están demasiado próximos para que nuestro devoto del «gran demolidor» no admire sin reservas *Los Datos Inmediatos de la Conciencia*. La significa-

ción de Bergson, como destaca este penetrante examen, se funda en el respeto de las fronteras establecidas por el criticismo, en que profundiza el único resquicio abierto a lo Absoluto en la experiencia: la sensación. «¿No divisa nadie un sendero? Bergson es el único. El Absoluto que buscáis, nos dice, está ahí no más, junto y dentro de vosotros, basta intuirlo; abrid los ojos».

Bergson supera definitivamente el Positivismo, lo enfrenta en el dato, su último refugio. Su esfuerzo genial se orienta en la distinción de una conciencia espacial y causal de la realidad interior y una conciencia inmediata de su esencia temporal y creadora. Si hubicra permanecido aquí, sería el suyo modelo de auténtico positivismo; en el momento decisivo es infiel a su resuelta actitud antiespeculativa; intenta resolver la antinomia de vida y materia, con recursos ilícitos: la especulación abstracta y la imagen poética. Korn recuerda la sanción de la *Crítica de la Razón Pura*. Esta última debilidad no mengua el genio de Bergson; su pensamiento creador, que recoge la tradición viva de la filosofía y está grávido de futuro, no será olvidado.

Pasemos al artículo de Vassallo: *Bergson y el problema de la Metafísica*. El derecho a «otra aventura metafísica» hay que defenderlo ante la negación kantiana. Bergson, observa Vassallo, lo hace resueltamente y queda refutado Kant, si «antes de intentar elevarnos por encima de nuestra percepción — razón constructiva, intuición intelectual — probamos a ahondar y ensanchar la percepción misma, a explorar sus virtualidades acaso inéditas». Nos parece que Vassallo señala una refutación inexistente; más aún, la obra crítica y constructiva de Bergson es una magnífica confirmación de la «Crítica», siempre que no se tomen al pie de la letra sus resultados. La «Crítica» kantiana deslinda en la percepción lo determinado de lo dado. Bergson «ahonda y ensancha» el contenido material de la percepción, cuyo problema deja intacto Kant y como llamando la atención.

La intuición encuentra el camino despedido de toda instancia trascendental. No olvidemos que la distinción entre fenómeno y nómeneo se actualiza en Bergson, entre vivir mediatizado en la determinación trascendental de la percepción, y vivir concreto, revelado inmediatamente a la intuición. Sin Kant no es posible el problema de «Los Datos Inmediatos de la Conciencia». En la «Crítica», lo dado está implícitamente referido al nómeneo; la genialidad de Bergson es haber justificado ese vínculo, superando el uso impropio de la causalidad; la sensación participa en el ser en sí de la duración creadora.

El desquite de Kant a la crítica negativa de Bergson, es la fecundidad decisiva en su propio pensamiento.

Vassallo agota en análisis preciso, la metafísica bergsoniana; repara finamente en la indecisión del gran filósofo ante el problema de la materia. Su lograda comprensión

advierte la insuficiencia de la metafísica de la vida para resolver el problema ético.

El artículo de Gouirán se refiere a una nota de Charles Péguy sobre Bergson y la filosofía bergsoniana. Se trata de una interpretación existencial que estima la trascendencia de una filosofía en su valor de sugerencia y estímulo para la propia experiencia metafísica. «Lo que hace durable una filosofía es menos su metafísica que su método». Método nos parece término inadecuado ya que no podemos desarraigar su resonancia escolar. Péguy y Gouirán refieren al método lo eternamente vivo de toda auténtica filosofía. La verdad no es el camino recorrido, sino el paso que decide un camino; no es la solución encontrada, sino el problema abierto a la inquietud. En este sentido la filosofía de Bergson es la lucha contra «le tout fait», que supera resolviéndolo en el «se faisant», en la vida creadora.

El destino del hombre es tener que ir a alguna parte. Nadie puede enseñar el camino; hay que resolverse y tomar un rumbo. Se han abierto mil rutas hacia Dios; todas nuevas y únicas. Por los caminos trillados nos llevan, no vamos.

El milagro no es el contenido de la fe, sino el acto de fe; ninguna maravilla sobre la tierra como ésta de la fe en el hombre: la verdad es su pasión y muerte; la trascendencia de esa verdad, un llamado supremo a la propia realidad. Por eso dice Péguy: «Hablad-

me de una cierta fidelidad a la propia realidad, que yo pongo por encima de todo». Aprobamos sin reservas el repudio de toda filosofía escolástica, en el amplio sentido del término, y del profesor de filosofía.

Junto a estas finas sugerencias nos defrauda leer: «¿Quién con Péguy no daría las tres «Críticas» precedidas de un cuarterón de los «Prolegómenos», por un medio coro de Antígona? Y esto, no solamente sub specie pulchri, como se podría objetar, sino aun y sobre todo quizás, sub specie rei ac realitatis». No cabe mayor inconsecuencia. Se olvida aquí que sólo el profesor ve en las «Críticas» la idea muerta, la fórmula vacía de la tesis.

Omitimos el comentario de las colaboraciones restantes; sólo queda lo mediocre y lo malo. En nuestro descargo, anotamos que no es estimable el empeño honesto en una exposición ceñida, prolija y escolar de una filosofía: tal el caso de Orgaz. Un cuadro sinóptico desconsuela siempre «la filosofía no va a la clase de filosofía».

Exceptuamos el artículo de Taborda sobre El fenómeno político, serio y documentado como todo lo suyo, pero ajeno a los propósitos de este homenaje.

Agregamos finalmente que sólo Korn, Vassallo y Gouirán justifican en esta publicación el derecho de homenaje a Bergson. — **Jordán B. Genta.**

REVISTAS

NACIONALES

Atenea. Mayo de 1936. Universidad de Concepción. **SUMARIO:** Redacción: «Puntos de vista». Mariano Latorre: «Primera glosa sobre la novela americana». Alfonso Cravioto: «El Sarape del Saltillo». Domingo Melfi: «La influencia del campo en la novela chilena». Gabriela Mistral: «Victoria Kent». Doctor Rodolfo Oroz: «Nota lingüística acerca del examen». Carlos Vattier: «Discurso del vino ebrio». Braulio Arenas: «El desierto fecundo». Los Libros. Notas del mes. Libros recibidos.

Revista de Arte. Año II. N.º 9. Santiago. **SUMARIO:** Editorial: «Relaciones culturales Inter - americanas». Alfredo Benavides: «Un aspecto técnico del barroco en general y en especial del hispano-aborigen». Uriel García: «Arquitectura colonial del Cuzco». Guillermo Salinas Cossio: «Música peruana». María Valencia: «Pintores peruanos indigenistas». Ana Cabrera: «El arte del tejido en el antiguo Perú». Horacio Urteaga: «Los Huacos de Nasca». R. D. D.: «El escultor Guillermo Córdoba». M. H. Chapman: «Urbanismo, La habitación en Inglaterra (continuación). Sección Urbanismo. Noticiero plástico y musical del extranjero. Libros - Revistas - Discos - Conciertos - Conferencias - Exposiciones - Cine - Radio. Suplemento musical: «Cantos de soledad», por Domingo Santa Cruz.

Revista de Ciencias Penales. Año II. Tomo II. N.º 8. Mayo-Junio, 1936. Santiago. **SUMARIO:** Quintiliano Saldaña: «La última fase del positivismo jurídico en Italia». Dr. José Peco: «La peligrosidad frente a la reforma del Código Penal Argentino». Federico Peña C.: «El poder de policía y la prevención del delito» (continuación). Armando Vergara L.: «Relaciones sexuales de los penados». Legislación: Francia, «Proyecto de Código Penal de 1934, conclusión».

Jurisprudencia - Informes médico - legales - Bibliografía.

Revista Chilena de Historia y Geografía. Tomo LXXX. N.º 38. Mayo - Agosto, 1936. Santiago. **SUMARIO:** Luis Barros Borgoño: «Don Aníbal Pinto». Ernesto Greve: «Estudio sobre la nomenclatura geográfica». Eugenio Pereira Salas: «La misión Wortington en Chile». Dr. Juan Bruggen: «El agua subterránea en la pampa del Tamarugal». Domingo Amunátegui: «Don Andrés Bello, historiador». C. Abel, T. Gatica, A. Escobar: «La ruta aérea a Magallanes. Conclusiones». Notas históricas y geográficas. Aurelio Oyarzún: «Max Uhle». Federico Schwab: «Max Uhle y la arqueología peruana». Dr. Horts Falke: «La descripción del paisaje». Carlos Tomás Vicuña: «Índice de la Historia General de Chile de don Diego Barros Arana». Actas del Cabildo de Santiago, 1712. Dr. Karl Reiche: «Geografía Botánica de Chile». Bibliografía.

Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Vol. II. N.º 3. Enero-Marzo, 1936. Universidad de Chile. Santiago. **SUMARIO:** Héctor Escribier Mandiola: «El seguro contra el paro forzoso». Carlos Orrego Barros: «Erasmus». Julio Alemparte. R.: «La regulación económica en Chile durante la Colonia (I)».

Trabajos de Seminario. Sergio Undurraga Ossa: «Pisos y Departamentos» (I). Crónica de la Facultad. Discursos pronunciados en la recepción de Mr. Harold Butler. Bibliografía. Libros y Revistas.

Acción Social. Año IV. N.º 49. Mayo. Santiago. **SUMARIO:** Editorial. Hacia la organización científica del trabajo. Santiago Larca: «El seguro Social y la Conferencia Panamericana del Trabajo». George Nicolai: «La necesidad de una Liga de las Naciones». Dr. J. Vizcarra: «Diez años de labor en el seguro social». Eugenio Gonzá-

lez: «Spengler, visionario de las decadencias». Bernardino Vila: «Regímenes de previsión». Carlos Charlín: «Factores negativos de la producción agraria en la provincia de Santiago». G. Wehrhahn: «El incremento de la producción industrial». Oscar Saraiva y Plinio Cantanhede: «Destinación de los fondos de las instituciones de seguro social». Doctora Susana Solano: «Seguro Social Obligatorio de maternidad en el Perú». Lewis L. Lorwin: «La organización internacional del trabajo y la política económica mundial». Luis Castillo: «El aporte del mar a la alimentación». Claudio Artega Infante: «Primera Conferencia del Trabajo de los Estados de América». Dr. O. S.: «El tráfico de valores sometido al régimen de divisas». Giacomo Duzmet: «La utilización de los descansos de los trabajos agrícolas en Italia». Fernando Célis Z.: «Imperialismo Continental». Don Ernesto Aguirre Marín, Gerente General de la Caja Nacional de Ahorros W. N. de Kokoutzoff: «La destrucción de la familia». Dieta y manutención. Economía. Los grandes banqueros ingleses y los signos del resurgimiento económico. Noticiario Económico social de todo el mundo. Autores y libros.

Servicio Social: SUMARIO: M. Salas Año X. N.º 1 y 2, Marchán: «Del individualismo al servicio social». Luisa Fierro Carrera: «Participación de la Caja de Seguro Obligatorio en la defensa del niño». Guillermo Feliú Cruz: «Historia Social de Chile». Fernando Cruz: «El servicio social de la Sección de Bronco-Pulmonares del Hospital del Salvador de Santiago». Fernando Rodríguez Pinto: «El procedimiento jurídico en relación con el trabajo profesional de las Visitadoras sociales». Raymond Vermeylen: «La formación de visitadoras sociales para la educación popular». Informaciones.

Boletín de la Sociedad de Biología. Tomo X. N.º 1, 1936. Concepción; Chile. SUMARIO: Fernández E. Víctor M.: «Investigaciones anatómicas sobre la miocarditis exantemática y la participación del sistema específico del corazón en el tifus exantemático en Chile». Cafarella Facco, Manlio: «Participación anatómica de los riñones en el tifus exantemático. IV contribución a la anatomía patológica del tifus exantemático en Chile. Muñoz Ribbeck, R.: «Contribuciones al estudio de la antropología chilena. V Observaciones de algunos caracteres morfológicos de la dentadura de los indios mapuches». Herzog, Ernesto: «La participación morfológica del simpático y vago en el metabolismo de los hidratos de carbono y lipoides. Méndez Guzmán, Miguel: «Contribuciones al estudio de la antropología chilena. VI Observaciones somatológicas en la provincia de Concepción».

Boletín de Educación Física. Año II. N.º 8. Abril, 1936. SUMARIO: Notas Editoriales: 30 años de labor. La alimentación escolar. H. de Genst: «Valor de la gimnasia de Ling. Dr. Luis Bisquertt Suzarte: «En Dinamarca». Jesse Feiring Williams, M. D.: «Aspectos culturales de la educación física». Dr. James S. Mc-Lester: «La nutrición y el futuro del hombre». Dr. H. Croxatto R., Lra. E. Besoain y Srta. J. Grisanti: «Actividad física y función menstrual de la mujer». Luis Valenzuela H.: «Football. Disquisición sobre el juego de los wingers». Alfonso Santibáñez: «Natación. Técnica y evolución de los estilos». Guillermo Forero: «El próximo Congreso internacional de médicos del deporte». Dr. Swartenbroocks: «El médico y los deportes». Los ejercicios de gran extensión para la mujer». Crónica. Bibliografía. Revistas nacionales y extranjeras.

Otras publicaciones chilenas recibidas en el trimestre. «Boletín del Seminario de Derecho Público». «Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales», Santiago, N.º 6, Santiago. «Anales del Instituto de Ingenieros de Chile», Año XXXVI, Núms. 1 y 2, Santiago. «Anales Jurídico-Sociales» de la Universidad Católica, Año I, N.º 1, Santiago. «Boletín Médico de la Ca'a de Seguro Obligatorio», N.º 23, Abril, 1936, Santiago. «Boletín de Minas y Petróleo», Ministerio de Fomento, Tomo VI, N.º 59, Santiago. «Boletín de la Facultad de Farmacia», Universidad de Concepción, Tomo I, N.º 1. «Revista de la Asociación de Viajantes de Chile», Año XVI, N.º 158, Mayo, 1936, Concepción. «Linares», Año IV, N.º 14, Abril a Junio, 1936. «Estadística Bancaria», Año 1936, N.º 4. «Boletín Municipal», Año XII, N.º 3192. «Asoch», Boletín de la Asociación Odontológica de Chile, N.º 41, Año IV. «Boletín de la Sociedad Agrícola del Norte», La Serena. «Boletín Oficial de la Dirección General de Correos y Telégrafos». «Boletín del Ministerio de Salubridad Previsión y Asistencia Social», Santiago. «Salud y Vida», Temuco. «Memorial del Ejército de Chile», Santiago. «Revista Menéndez Behety», Magallanes. «Revista de Sanidad Militar», Santiago. «Boletín de la Caja Nacional de Empleados Públicos y Periodistas». «Boletín mensual del Banco Central de Chile», Santiago. «Boletín Minero» de la Sociedad de Minería, Santiago. «Agricultura Austral», Osorno. «Estadística Chilena». «Industria», Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril, Santiago.

EXTRANJERAS

L'Esprit International. N.º 38. SUMARIO: Comte Avril, 1936. París. Sforza: «Le centenaire de la naissance d'Andrew Carnegie». Nicolás Politis: «La solidarité européenne». W. Arnold Forster: «Après la conférence nava-

le». Edmond Vermeil: «L'Allemagne Hitlérienne et l'idée internationale». M. J. Bonn: «La portée internationale du problème colonial». Georges Lechartier: «Neutralité et politique extérieure aux Etats-Unis. Chronique. Documents. Ouvrages. Nouveaux. Revue des revues».

Universidad. N.º 5. SUMARIO: Manuel Tomo I. México. Moreno Sánchez: «Polémica en torno a la

Universidad». José Vasconcelos: «Historia del Pensamiento Filosófico». José María Salavería: «La vuelta del espectro». José M. Chacón y Calvo: «Breve elogio del Padre Las Casas». Manuel Gamio: «Una nueva Constitución». Arturo Torres Riosco: «En torno al romanticismo. La lírica». Rafael López Malo: «Nocturno». Rafael Heliodoro Valle: «Diálogo con Kivas Cherif». Antonin Artaud: «El teatro de post-guerra en París». Dr. J. J. Izquierdo (traducción): «El legado de Pawlow a la juventud de su patria». Octavio N. Bustamante: «El fracaso de la U. S. P.». Convocatoria a Escritores y Estudiantes. Octavio Béliard: «Freud. El descubrimiento del alma ignota». Andrés Ferré: «La biblioteca del maestro de escuela». Notas. Actividades Universitarias. Pintura Colonial Mexicana del siglo XVII. Fernando Leal: «Frescos». «El grano en la espiga» (bibliografía).

Revista Cubana. SUMARIO: «El maestro de Cuba», por Pedro Henríquez Ureña. «Relieve de la literatura hispano-americana», por Jorge Mañach. «Acerca de la música», por Luis Rodríguez Embil. «El Idilio», por Carlos Manríquez Sterling. «José María Chacón y Calvo», por Lino Novás Calvo. «Astrolabio de la moda», por José Antonio Portuondo. «La intimidación literaria de Martí», por Félix Lizaso. «Aventura de las hormigas», por Esteban Borrero Echeverría». Libros. Hechos y Comentarios.

Foreign Affairs. SUMARIO: Sir Alfred Vol. 14. N.º 3. Zimmern: «The test-April, 1936. New York. Luigi Federzoni: «Hegemony in the Mediterranean». Julien Benda: «France divided». Aspects of German Life Today. Dorothy Thompson: «Culture under the nazis». Norman Thomas: «Labor under the nazis». Charles A. Beard: «Education under the nazis». Leon Frazer: «The International Bank and its future». Karl Ritter: «German experience with clearing agreements». Carlos P. Romulo: «The Philippines look at Japan». General René Tournés: «The French Army, 1936». Bruce Hopper: «The Soviet conquest of the Far North». Clarence H. Haring: «Depression and Recovery in Argentina». Barbara Wertheim: «Japan, A Clinical note». William Scroggs: «Oil for Italy». A. O. Sarkissian: «Soviet Transcaucasia». William L. Langer: «Some recent

books on international relations». Denys P. Myers: «Source Material».

Revista Bimestre Cubana. Vol. XXXVII. N.º 2. Marzo-Abril, 1936. La Habana, Cuba. SUMARIO: J. Conan-gla Fontanilles: «Espíritu humano y social del arte». Federico Castejón: «Cubí y Soler, fundador de la «Revista Bimestre Cubana» y su «Criminología». Salvador García Agüero: «Secuencias Martinianas». Fernando Ortíz: «Más acerca de la poesía mulata. Escorzos para su estudio». Pánfilo Camacho: «José Antonio Saco, estudio biográfico, conclusión». Agustín de Figueroa: «Gertrudis Gómez de Avellaneda». Armando Guerra: «La mujer vultabajera en la poesía cubana». Aurelio F. Concheco: «España y América». G. Colmache: «Cómo Cuba pudo haber pertenecido a Francia». Chas. A. Brockaway: «La Masonería en Cuba». Cándido Hoyos: «Sobre talleres de niños en la Casa de Beneficencia y Maternidad de La Habana». Libros en revista.

Revue Scientifique. N.º 11. 13 Juin, 36. 74 année. París. SUMARIO: Leon Bertin: «Les souvenirs de Linné a Upsal». General Niessel: «L'aviation allemande». André

Frachet: «Le materiel de l'aviation militaire allemande». Notes scientifiques. Actualités techniques et industrielles. Nouvelles: Vie scientifique et universitaire. Bibliographie. Bulletin économique.

Tierra Firme. Año II. N.º 2, 1936. Madrid. SUMARIO: Aníbal Sánchez Reulet: «Pano-

rama de las ideas filosóficas en Hispano-América». Tomás Blanco: «La Isla de Puerto Rico y el Continente americano». Manuel García Pelayo: «Juan Ginés de Sepúlveda y los problemas jurídicos de la conquista de América». Angel Rosenblat: «Los otomacos y taparitas de los llanos de Venezuela». B. Bernal Ulecia: «Hernando Colón y los intereses de los herederos del Almirante». Notas bibliográficas. América en las revistas.

Hechos e Ideas. SUMARIO: Dirección: Año I. N.º 11-12. «Un año de vida». Mayo-Junio, 1936. Buenos Aires. «Glosas Políticas». Luis Roque Gondra: «La primera fundación de Buenos Aires (Examen crítico). Ernesto C. Boatti: «El significado de una Presidencia». José P. Tamborini: «Frente al fraude bonaerense». Manuel Azafia: «El resurgimiento democrático en España» (Curso de presentación del gobierno en las Cortes). Julio R. Barcos: «El trágico destino de la clase media». Humberto Ricci: «Algunos de los sofismas comunes en las argumentaciones sociológicas». Amadeo Sabbatini: «Declaración de principios y programa de gobierno» (Texto íntegro de su mensaje). José A. Luque: «Posición del radicalismo cordobés». Notas Económicas. A través del mundo.

Revista Hispánica Moderna. Año II. N.º 3. Abril, 1936. New York.

SUMARIO de este órgano del Instituto de las Españas, de la Columbia University: Alberto Jiménez Fraud: «La Universidad española en la Edad Media y en el Renacimiento». La literatura de hoy: M. de Mayo, «Gabriel Miró, vida y obras». A. Oliver Belmás: «Naturaleza y poesía en la obra de Gabriel Miró». S. C. Rosenbaum. J. Guerrero Ruiz: «Gabriel Miró, bibliografía». Libros nuevos. Noticias literarias. Textos y documentos: «Escritos inéditos de Rubén Darfo». Ed. de E. K. Mapes. Bibliografía hispanoamericana. Notas varias sobre hispanismo. Actividades del Instituto.

The Modern Language Journal. Vol. XX. N.º 8. Mayo, 1936. Washington.

SUMARIO: Adolphe Jacques Dickman: «What about French culture?». Cameron G. Gullette: «A Spanish Club calendar». O. A. Bontempo: «Italian literature in 1935». F. H. Hespelt: «Spanish literature in 1935». Bibliography of Methodology; German book list; «What others say». Notes and news; reviews; books received.

Ecuador. Revista Fiscal. Año I. N.º 1. Abril, 1936. Quito.

SUMARIO: Esta Revista. Lo político. Gobierno del Ecuador. Las reformas en lo judicial. «El sentido jurídico y humano de la nueva ley Ecuatoriana de divorcio», por el Dr. Gonzalo Escudero. «La educación pública en el Ecuador», por Emilio Uzcátegui. «Las letras en el Ecuador del siglo XIX», por Nicolás Jiménez. «Vasconcelos, autor de Equilibrios Continentales», por Enrique Arroyo. «La Música en el Ecuador», por Juan Pablo Muñoz Sanz. «Las Islas de Galápagos», por Zaldumbide Silva. «El primitivo poblador ecuatoriano», por Oscar Efrén Reyes. «El servicio geográfico militar», por el Teniente Coronel A. Pinto. La Acción gubernativa en el comercio internacional. La Conferencia del Trabajo reunida en Santiago de Chile. Proposiciones generales del Ecuador para la Conferencia de Buenos Aires. «La Industria del juego de naranjilla», por Luis A. Gattoni. Construcciones escolares, por Gustavo Davalos. El comercio exterior del Ecuador. Los sombreros de paja toquilla. Bibliografía. Crónica.

The Geographical Journal. Vol. LXXXVII. N.º 5. Mayo, 1936. Londres.

SUMARIO: Oxford University Ellesmere Land Expedition. I, May, 1936. Grinell Land Journeys, by Dr. Noel Humphreys. II, Edward Shackleton: «Scoresby Bay Journey». III, A. W. Moore: «Grant Land Journey». Prof. Arnold Heim: «The Glaciation and solifluction of Minya Gongkar». E. H. G. Dobby: «The Ebro Delta». Reviews. Monthly Record. Obtuary. Meetings. Society notices. Contents. Council list.

La Nueva Democracia. Junio, 1936. Nueva York.

SUMARIO: Bernardo Eugenio Meland: «La visión cósmica de nuestro tiempo reclama». Giovanni Baldazzi: «Nueva democracia y federación mundial». Luis Alberto Sánchez: «Síntesis de la literatura peruana». Augusto Arias: «La novela del río Marañón». Primitivo Herrera: «Los Conquistadores». Rafael Hiedoro Valle: «Libros». F. Ibarra de Anda: «Manos unidas, corazones fuertes». Ramón Taibo Siens: «La búsqueda de Dios». La Aportación cristiana al avalúo de la personalidad. Notas bibliográficas. Meditaciones neoyorquinas.

Otras revistas extranjeras recibidas en el trimestre

«Anales de la Universidad Central», Quito, Ecuador. «América Española», Cartagena, Colombia. «Bulletin of the Chemical Society of Japan», Tokyo, Japón. «Records of oceanographic Works in Japan», Tokio, Japón. «Psychological Abstracts», Worcester, Mass. Estados Unidos. «Universidad», Zaragoza, España. «Boletín del Instituto Nacional Mejía», Quito, Ecuador. «Japanese Journal of Geology and Geography», Tokio, Japón. «The Keijo Journal of Medicine», Tokio, Japón. «Ingeniería Internacional», Nueva York, EE. Unidos. «The Journal of the Institution of Electrical Engineers», Londres. «Claridad», Buenos Aires. «Southwestern Historical Quarterly», Austin, Texas, EE. Unidos. «Investigación y Progreso», Madrid. «Educación», Montevideo. «Boletín del Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia», Montevideo. «Anales de la Universidad», Montevideo. «Lyceum», La Habana, Cuba. «El Monitor de la Educación Común», Buenos Aires. «Boletín de la Unión Panamericana», Washington, E.E. Unidos. «World Order», Nueva York. «Forschungen und Fortschritte», Berlín. «What is Nippon Kokutai?», Tokio. «Frente Unico», Córdoba, R. Argentina. «Zoológica», New York. «Revista Rotaria», Chicago, E.E. Unidos. «Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana», Washington. «Annaes Paulistas de Medicina e Cirurgia», Sao Paulo, Brasil. «Revista de la Facultad de Medicina», Bogotá, Colombia. «Bulletin des Sciences Mathematiques», París. «International Conciliation», New York. «Revista del Colegio de Abogados», Buenos Aires. «El Maestro Rural», México. «Pan», Buenos Aires. «The National City Bank Bulletin», New York. «Revista Universitaria», Popayán, Colombia. «Anales de la Sociedad Rural Argentina», Buenos Aires. «Alifan», Buenos Aires. «La Idea», Buenos Aires. «Rotary», Barcelona. «Revista de Ingeniería Industrial», Madrid. «Revista del Museo Nacional», Lima, Perú. «Brittonia», New York. «Revista Universitaria», Porto Alegre, Brasil. «Bulletin of The New York Public Library», Nueva York. «Memoirs of the College of

Science», Kyoto, Japón. «Medicina y Cirugía de Occidente», Guadalajara, México. «Revista del Instituto San Martiniano», Lima, Perú. «Bulletin de la Société Scientifique de Bretagne», Rennes, Francia. «Boletín Mensual de Informaciones técnicas» del Instituto Internacional de Agricultura, Roma. «Revista Médica Latino-Americana», Buenos Aires. «La Revista Blanca», Barcelona. «Gaceta Judicial», Bogotá, Colombia. «Bulletin du Laboratoire de Plasmodienie». «Revista del Colegio de Abogados, Maracaibo, Venezuela. «Physis», Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales, Buenos Aires. «La Filotécnica», Milán, Italia. «Registro Municipal», de Bogotá, Colombia. «Boletín de Petróleo y Minas», México. «Revista de Derecho Internacional», La Habana, Cuba. «Science Report of the Tokio Bunrika Daigaku, Koishikawa, Tokio. Proceedings of the Imperial Academy». «La Nueva Economía», Lima, Perú. «Revista de Diritto Internazionale», Roma. «Folia Ophtalmologica Orientalia», Gerusalem, Palestina. «Japanese Journal of Medical Sciences». «Revista del Ministerio Público Federal», México. «Revista Tributaria Peruana», Lima, Perú. «Revista de la Universidad de Guayaquil», Ecuador. «Revista Brasileira de Leprologia», Sao Paulo, Brasil. «Boletín Bibliográfico, Lima, Perú. «Boletim do Ministerio da Instrucao Publica», Lisboa, Portugal. «Revista de Educación», Ciudad Trujillo, Santo Domingo. «Revista Industrial», México. «In-

dustria y Comercio», de México. «Volkerbund», Ginebra, Suiza. «Bulletin Statistique du Ministère des Finances, Varsovia, Polonia. «Humanidades», Universidad Nacional de La Plata, República Argentina. «Politécnica», Quito, Ecuador. «Universidad de Panamá». «Bulletin of the Institute of Physical and Chemical Research», Tokyo, Japón. «Boletín de la Academia Venezolana», Caracas. «University of Colorado Bulletin». «Louisiana Conservation Review», New Orleans, Estados Unidos. «The University of Texas Bulletin», Austin, Texas, Estados Unidos. «La literatura argentina», Buenos Aires. «Tribuna del Magisterio», Buenos Aires. «Comptes rendus des séances, de l'Academie des Sciences», París. «Boletín Mensual de Estadística Agropecuaria», Buenos Aires. «Vitalismo», Rosario, República Argentina. «Liberación», San José, Costa Rica. «Occidente», México. «España Moderna», Montevideo. «Ibero Amerikanisches Archiv», Berlín, Alemania. «Deutsche Mathematik», Leipzig, Alemania. «Japanese Journal of Physics», Tokio, Japón. «Revista del Instituto de Química Industrial», Montevideo. «Boletín de la Academia Panameña de la Historia», Panamá. «Boletín de Hacienda», San Salvador. «Revista do Instituto do Café», Sao Paulo, Brasil. «Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales», Santa Fe, República Argentina. «Revista de Agricultura», San José, Costa Rica. «Cruz y Raya», Madrid. «Repertorio Americano», San José, Costa Rica.